



TORRE AMARILLA
a partir de 11 años

Ésta es una recopilación de los mitos griegos más conocidos. Se narra, por ejemplo, la historia del Rey Midas, quien sucumbió ante la terrible fuerza de su ambición. O la historia de Narciso, quien se enamora de su propia imagen en el momento mismo en que descubre su reflejo en el agua. Y así, todos y cada uno de los mitos que aquí se encuentran expresan la unión entre lo fantástico y lo real: los dioses se casan con los mortales, los hombres se convierten en animales y plantas, y en general, se vive en un extraño universo donde lo imposible se convierte en realidad.

Mary Pope Osborne es escritora de cuatro reconocidas novelas para jóvenes adultos, así como de varias biografías y libros ilustrados para niños. También ha escrito, junto con su esposo, Will Osborne, libros sobre mitos griegos. Su interés por la mitología griega nació hace ya varios años, cuando vivía en la isla de Creta. Actualmente reside en Nueva York y en Bucks County, Pensilvania.

CC10266450

ISBN 958-04-2863-8



9 789580 428633 >

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL-JUVENIL

MITOS GRIEGOS

Mary Pope Osborne

EDITORIAL **norma**

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL-JUVENIL

MITOS GRIEGOS

MARY POPE OSBORNE



TORRE • DE • P A P E L



MITOS GRIEGOS

MARY POPE OSBORNE

Traducción de Luz Amorocho

Ilustraciones de Patricia Rodríguez

GRUPO
EDITORIAL
norma

Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas,
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá, Quito,
San José, San Juan, San Salvador, Santiago de Chile.

MITOS GRIEGOS



CONTENIDO

Introducción

- I. EL CARRO DEL DIOS SOL
La historia de Faetón y Helios 17
- II. EL TOQUE DORADO
La historia de Baco y el rey Midas 29
- III. PERDIDO EN EL MAR
La historia de Ceix y Alción 35
- IV. EL CONCURSO DE TEJIDO
La historia de Minerva y Aracne 43
- V. EL ÁRBOL DE APOLO
La historia de Dafne y Apolo 47
- VI. EL ROSTRO EN EL ESTANQUE
La historia de Eco y Narciso 55

Título original en inglés:
FAVORITE GREEK MYTHS
de Mary Pope Osborne.

Originalmente publicado en 1989 por Blue Ribbon,
una división de Scholastic Inc.
Copyright © 1989 por Mary Pope Osborne

Copyright © 1995 para venta exclusiva en
América Latina por Editorial Norma S. A.
A.A. 53550, Bogotá, Colombia.

Reservados todos los derechos. Prohibida la
reproducción total o parcial de esta obra,
sin permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1996
Segunda reimpresión, 1996
Tercera reimpresión, 1996
Cuarta reimpresión, 1996
Quinta reimpresión, 1997
Sexta reimpresión, 1997
Séptima reimpresión, 1997

Impreso por Cargraphics S. A. — Imprelibros
Impreso en Colombia — Printed in Colombia
Octubre, 1997

Dirección editorial, María del Mar Ravassa G.
Edición, María Paz Amaya
Dirección de arte, María Clara Salazar

ISBN: 958-04-2863-8

VII. EL RAPTO	
La historia de Ceres y Proserpina	61
VIII. LA OSA MAYOR	
La historia de Calisto y Arcas	71
IX. VIAJE AL AVERNO	
La historia de Orfeo y Eurídice	77
X. LAS MANZANAS DE ORO	
La historia de Atalanta e Hipómenes	85
XI. LAS CUATRO TAREAS	
La historia de Cupido y Psique	93
XII. LOS VISITANTES MISTERIOSOS	
La historia de Baucis y Filemón	109
DIOSES, DIOSAS Y MORTALES	
<i>Los Olímpicos, dioses y diosas más importantes</i>	115
<i>Otros dioses y diosas</i>	117
<i>Los mortales</i>	118
<i>Otros nombres para conocer</i>	119
PALABRAS MODERNAS DE ORIGEN GRIEGO	
	121

¿QUIÉN ESCRIBIO LOS MITOS GRIEGOS?	125
BIBLIOGRAFÍA	127
ÍNDICE	129

*Para Michael, Becca, y
Nathaniel
M.P.O.*



INTRODUCCIÓN

Bienvenidos al extraño y hermoso mundo en donde las formas humanas se convierten en gaviotas, en leones, en osos y en estrellas. Bienvenidos a un mundo en donde lo imposible parece común; en donde la luna, el sol y el viento son dioses. Bienvenidos al mundo de la mitología griega.

Imagínense que estuvieran viviendo en una isla griega, en la antigüedad, mucho antes de que existieran los aviones, los automóviles y la televisión; en el tiempo en que la civilización era muy joven y la gente vivía muy cerca de la naturaleza. ¿Cómo hubieran hecho ustedes para explicarse los misterios

de la tierra como los cambios del tiempo, el origen del arco iris, o la razón por la cual las arañas tejen sus telas?

Los antiguos griegos se inventaron historias para ayudarse a entender la naturaleza y para liberarse de sus temores hacia lo desconocido. Así, cuando el sol aparecía en el horizonte, quería decir que el dios Sol conducía su carro de oro a través de los cielos; si la primavera venía después del invierno, era porque una joven diosa había regresado a la tierra para vivir con su madre; y si el firmamento se iluminaba con un relámpago, esto significaba que el dios de los cielos estaba descargando su ira.

Estas historias de dioses y diosas, creadas por los antiguos griegos, se llaman mitos. Los mitos no sólo ayudaban a explicar los misterios de la naturaleza, sino que, como relatos, proporcionaban un magnífico entretenimiento durante las frías noches de invierno; y a medida que iban pasando de generación en generación, fueron siendo contados de nuevo por diferentes poetas griegos y romanos.

Casi todos los mitos de esta colección provienen de la obra del poeta romano Ovidio, quien vivió hace 2 000 años. El libro de

Ovidio, *Metamorfosis*, habla de los mortales de la tierra y de los dioses y diosas que habitaban el Monte Olimpo, el pico de una misteriosa montaña que dominaba a Grecia. En casi todas las historias de Ovidio, los dioses y los mortales toman diferentes aspectos y formas.

A pesar de que nosotros hoy en día tenemos ideas más modernas sobre la vida que los antiguos griegos y romanos, nuestra forma de sentir sigue siendo casi igual a la de ellos. Cuando leemos cómo sus dioses, diosas y mortales retozaban por los bosques y a través del mar y las montañas, comprendemos sus penas, sus alegrías y sus cóleras. Bienvenidos, pues, a este su mundo que es tan vivo y apasionante hoy en día como lo fuera hace mucho, mucho tiempo.

«Mi intención es contar
cómo los cuerpos revisten formas diferentes;
los dioses, autores de estos cambios,
me ayudarán, o así lo espero,
con un poema que viene desde los orígenes
del mundo hasta nuestros días».

Metamorfosis de Ovidio

I

EL CARRO DEL DIOS SOL

La historia de Faetón y Helios

Faetón entró en el resplandeciente palacio y se dirigió hacia el salón del trono. Al llegar se detuvo en el umbral, cegado por el brillo de Helios, el dios Sol, quien, vestido de púrpura, se encontraba sentado en su trono de esmeraldas. A su alrededor estaban sus ayudantes Día, Mes, Año, Centuria, Horas, Primavera, Verano, Otoño e Invierno.

—Acércate, hijo mío —dijo Helios, el dios Sol.

Faetón avanzó un paso e inclinó la cabeza para protegerse del terrible resplandor; luego se hincó de rodillas frente al trono.

—¿Qué te trae ante tu padre? —preguntó Helios con dulzura.

—Vengo en busca de la verdad. ¿Es cierto que yo soy tu hijo? —respondió Faetón—. Los muchachos en la escuela se ríen de mí y me dicen que no lo soy, pero mi madre siempre me ha dicho que mi padre es el Sol.

—Climena tiene razón —dijo Helios—. La ninfa Climena tuvo un hijo mío, y ése eres tú. Para probártelo te daré lo que me pidas. Lo juro por Estigio, el río de las promesas solemnes.

—Padre, sólo un deseo tengo. Quiero hacer lo que tú haces cada mañana. Quiero conducir yo solo tu carro de fuego a través de los cielos para convertir así la noche en día.

—¡Oh, no! —exclamó Helios—. ¡Eso no te lo puedo permitir!

—Pero me lo prometiste...

—¡Hablé con demasiada temeridad! ¡Quieran los dioses dejarme retirar mi promesa!

—¡Ya es demasiado tarde, padre! —respondió Faetón.

—¡Sin embargo, éste es el único deseo que no puedo concederte, hijo mío! Es un viaje

demasiado peligroso y ¡ni siquiera Júpiter, el más grande de los dioses, puede conducir mis caballos alados, henchidos de fuego!

—Podré guiarlos, oh padre, si verdaderamente soy tu hijo.

—¡No, no podrás! ¿Cómo podrías combatir el movimiento natural del mundo? ¿Cómo luchar contra las bestias salvajes y contra los terribles monstruos?

Faetón sólo le sonreía.

—Sé que podré hacer lo que tú haces, padre —le respondió.

El dios Sol trataba de detener el tiempo, pero ya la diosa Aurora se acercaba rauda a través del palacio, y se disponía a abrir las puertas color carmesí que darían paso a su brillo. El delgado cuerno de la Luna ya había desaparecido y las estrellas se habían esfumado. Era la hora en que el carro de fuego de Helios debía iniciar su curso diario a través del firmamento.

Helios y Faetón salieron al aire fresco en donde el carro esperaba. El resplandeciente carruaje tenía ruedas de oro y radios de plata, y todas las joyas imaginables brillaban en la luz rosada del temprano amanecer.

Mientras Faetón caminaba alrededor del carro de oro, admirando su belleza, su padre

trataba de pensar en algo para detenerlo antes de que emprendiera tan espantoso viaje a través del firmamento.

Entretanto, ya las aves llenaban con sus cantos el aire, y Faetón, saltando dentro del brillante carruaje, exclamó:

—¡Ahora debo irme, padre!

Los cuatro alados corceles golpeaban el suelo con los cascos y exhalaban fuego por las narices mientras dos diosas, ambas llamadas Horas, les apretaban sus tintineantes arneses.

El dios Sol frotó el rostro de Faetón con un ungüento mágico para protegerlo del calor. Colocó en la cabeza del muchacho su corona de resplandecientes rayos de sol, y luego mirándolo, suspiró:

—Al menos escucha mi consejo. Mantente en el camino del medio. ¡No vires hacia el lado! No vayas ni muy alto ni muy bajo, porque tanto el Cielo como la Tierra necesitan la misma cantidad de calor. Si subes mucho, quemarás el Cielo, y si descendes demasiado, quemarás la Tierra...

—¡Así lo haré, padre! —gritó Faetón tomando las riendas con orgullo, mientras los caballos relinchaban y pateaban el suelo.

—¡Sigue el trazo cotidiano de mis ruedas!

—gritó Helios—. ¡Economiza el látigo y mantén firmes las riendas!

—¡Así lo haré, padre! ¡Así lo haré!

—Y cuídate de la Osa del Norte y de la sinuosa Serpiente del Cielo...

Antes de que el dios Sol pudiera continuar, Faetón hizo chasquear las riendas y dijo:

—¡Se llegó el momento, padre! ¡Día me llama! ¡Noche ya desapareció!

Súbitamente los caballos arrancaron hacia el espacio infinito.

—¡Detente, hijo! —gritó Helios—. ¡Deja que sea yo quien le dé la luz a este día!

Faetón no pudo oír a su padre. Los veloces cascos de sus alados corceles ya rasgaban las nubes y éstos se remontaban cada vez más hacia el Cielo.

El carro era tan liviano, que se bamboleaba para uno y otro lado como un barco arrastrado por las olas. Los caballos se asustaron y galoparon más rápidamente, hasta que sobrepasaron la velocidad del viento Este. Faetón tiraba con fuerza de las riendas, pero no podía detenerlos. Enloquecido miraba alrededor, pero no podía ver las huellas de las ruedas; ¡los caballos habían abandonado el camino trillado!

A medida que el carruaje perdía su ruta, los rayos de sol de la corona de Faetón calentaban las constelaciones: La Serpiente se sacudía de su helado letargo. La Osa Mayor, conmovida en su sueño, había comenzado a deambular por el firmamento.

Cuando Faetón miró hacia abajo y se dio cuenta de la distancia que lo separaba de la Tierra, se sintió enfermo de pánico. Aterrorizado pidió la ayuda de su padre. Vociferaba ordenándoles a los caballos que se detuvieran, pero éstos proseguían en su galope sin control. A su paso continuaban dejando atrás más fieras salvajes celestiales; atrás quedaba el gigantesco Escorpión, que exudaba veneno negro mientras su curvo aguijón se estiraba hacia el carro llameante.

Faetón dejó caer las riendas, y los caballos se precipitaron hacia regiones por donde nunca antes habían transitado; chocaron contra las estrellas y todos en el Cielo gritaron aterrorizados al ver cómo el carro se ladeaba fuera de control. La Luna, el Cielo y la Tierra comenzaron a arder. Las llamas se extendieron por las cimas de las montañas y quemaron la nieve, y mancharon las nubes de negro humo. Incluso el Monte Olimpo, hogar de los dioses, fue asediado por el fuego.



Luego Faetón vio la Tierra abrasada en llamas. Todo ardía como calentado al rojo vivo: los desiertos, las lagunas de los bosques y las fuentes. Todos en la Tierra trataban de escapar del gran incendio; los dioses de las profundidades e incluso las ninfas en sus cavernas del fondo del mar sentían el calor abrasador.

La Madre Tierra trataba de protegerse la frente mientras se estremecía casi agónica. Rodeada de llamas y dirigiéndose a Jupiter, el más grande de los dioses, gritó:

—¡Lanza tu brillante rayo ahora y termina con este fuego mortal causado por Faetón!

Y luego, sofocada por el humo y las llamas, ya no habló más.

Júpiter, que había quedado hipnotizado al ver cómo las llamas lamían el mundo, se sacudió cuando vio a la Madre Tierra cercana a la muerte. Hizo retumbar un trueno y luego, extrayendo un rayo gigantesco de su frente, lo lanzó a través del espacio. La centella golpeó el carro del sol, destrozándole ruedas y radios —el fuego extinguió el fuego, la llama la llama, los corceles saltaron libres de sus arneses, y Faetón se desplomó desde los cielos.

Mientras descendía, los cabellos de Fae-

tón ardían. Todo él en llamas, iba dejando tras de sí una estela de chispas como si fuera una estrella fugaz. Lejos de casa, más de medio mundo distante de su madre, cayó en un río.

El dios del río rescató el pobre cuerpo ardiente de Faetón y lavó su rostro. Las ninfas del agua sepultaron sus despojos y escribieron sobre la tumba:

Aquí yace Faetón, quien trató de igualar al Sol. Si grande fue su fracaso, igualmente grande fue su osadía.

Durante un largo día lloró el Sol a su hijo. Se negó a conducir su carro, y los hombres y mujeres de la Tierra tuvieron que prender hogueras para alumbrarse y calentarse.

Cuando Júpiter fue a visitar al dios Sol, lo encontró sentado en su trono de esmeraldas con la cabeza inclinada, inmóvil y apesadumbrado. Entonces Júpiter ordenó a Helios levantar la cabeza y responder por qué no había guiado el carro de oro.

Helios maldijo entonces al dios del Cielo por haber matado a Faetón con su rayo.

—¡No tuve otra alternativa! —dijo el poderoso Júpiter—. La ambición del joven estuvo a punto de destruir el mundo. La Madre Tierra ardió y estuvo a punto de morir; pero ahora tiene demasiado frío, Helios. Necesita tu calor o perecerá helada.

El dios Sol movió la cabeza hacia otro lado.

—¡Levántate, Helios! —tronó Júpiter—. ¡No te culpes más por la muerte de tu hijo! ¡Tienes que cumplir con tu trabajo! ¡El mundo está esperándote!

El dios Sol exhaló un profundo suspiro y luego se levantó lentamente de su trono. Temblando de pena, salió a paso lento del palacio.

Los cuatro alados caballos que se le habían escapado a Faetón olfateaban el temprano aire fresco y golpeaban el suelo con los cascos mientras Aurora abría las puertas color carmesí.

Sollozando, Helios montó en su brillante carro de oro, y se colocó en la frente la corona de resplandecientes rayos de sol; aquella misma que Faetón había usado. Luego, las dos diosas Horas uncieron los cuatro corceles alados con tinti-

neantes arneses; y éstos, en cuanto el dios Sol tomó firmemente las riendas y las hizo chasquear, se lanzaron al infinito y soleado cielo azul.



II

EL TOQUE DORADO

La historia de Baco y el rey Midas

Baco, el alegre dios del vino, levantó su copa.

—Brindo por ti, rey Midas —dijo—, y puesto que has sido tan hospitalario conmigo, pídemelo que quieras, que te lo concederé.

—¡Qué gran idea! —respondió Midas—. ¿Lo que yo quiera?

—Así es, lo que quieras —dijo Baco.

—¿Cualquier cosa?

—¡Sí! ¡Sí!

—Ah, muy bien —dijo el rey, riendo para sus adentros—. Por supuesto que sólo deseo una cosa: ¡Que lo que yo toque se convierta en oro!

Midas miró de reojo a Baco porque no podía creer que éste pudiera obsequiarle algo así.

—Amigo mío, tú ya tienes todo el oro que un hombre puede desear —dijo Baco, decepcionado.

—¡Oh, no! ¡No lo tengo! —dijo Midas—. ¡Uno nunca tiene suficiente oro!

—Bueno, si eso es lo que quieres, creo que tendré que concedértelo —dijo Baco.

Baco se dispuso a salir. Y mientras Midas le hacía un ademán de despedida, con la mano tocó una rama que colgaba de un roble, ¡y la rama se convirtió en oro!

El rey dio un grito de alegría, y luego exclamó dirigiéndose a Baco:

—¡Mi deseo se ha hecho realidad! ¡Gracias! ¡Gracias!

El dios se dio vuelta, se despidió con la mano y siguió su camino.

Midas, entusiasmado, miró a su alrededor e inclinándose tomó una piedra del suelo, ¡y la piedra se convirtió en una almendra de oro! Empujó la arena con el pie, ¡y la arena se trocó en granos de oro!

El rey Midas, echando la cabeza hacia atrás, gritó:

—¡Soy el hombre más rico del mundo!



Corrió luego hacia sus campos, tocándolo todo. Y todo, *todo*, se iba convirtiendo en oro: ¡El cabello del maíz de sus plantaciones! ¡Las manzanas que tomaba de los árboles! ¡Las columnas de su mansión!

Cuando los sirvientes lo oyeron gritar, corrieron a ver qué sucedía, y encontraron a su rey danzando locamente en el prado, mientras el pasto se iba convirtiendo en brillantes briznas de oro. Todos reían y aplaudían viendo a Midas que, al lavarse las manos en la fuente, ¡transformaba el agua en fulgurante rocío!

Por último, exhausto pero pletórico de alegría, pidió su comida. Los sirvientes le sirvieron un enorme banquete que le colocaron enfrente, sobre el prado.

—¡Oh, qué hambre tengo! —dijo mientras ensartaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca.

Entonces, el rey Midas se dio cuenta de repente que su deseo no era tan maravilloso como había pensado; por lo pronto, al morder la carne, ésta se había convertido en oro.

Midas se rió desconcertado y tomó un pedazo de pan. Pero tan pronto como sus manos lo tocaron, ¡también se transformó en un duro guijarro de oro! Al sentirse debili-

tado por el temor, buscó un jarro de agua, pero ¡ay! Lo único que sus labios pudieron tocar fue el frío y duro metal. Hasta el agua se había convertido en oro.

El rey Midas se cubrió la cabeza y gimió porque se dio cuenta de que su gran deseo iba a matarlo. ¡Perecería de hambre o moriría de sed!

—¡Baco! —profirió levantando las manos al cielo—. ¡He sido un codicioso loco! ¡Des-haz mi deseo! ¡Libérame de mi toque de oro! ¡Ayúdame, Baco!

Llorando, el rey se levantó de su silla y cayó de rodillas. Golpeó el piso con los puños convirtiendo en oro hasta las más pequeñas astillas. Los sirvientes sentían pena por él, pero no se atrevían a acercársele por temor a quedar ellos también, por accidente, ¡convertidos en oro!

Mientras todos se lamentaban, Baco apareció de pronto en el jardín del palacio. El alegre dios permaneció un momento enfrente del lloroso rey, y luego dijo:

—Levántate, Midas.

El rey Midas se puso de pie con dificultad, le pidió perdón a Baco y le suplicó que deshiciera el sortilegio.

—Fuiste codicioso y necio, amigo mío —

dijo Baco—, pero voy a perdonarte. Ahora ve y báñate en las aguas del río Pactolo que corre por Sardes, ¡y desde ese momento en adelante, ya no desearás tener más oro que cualquier otro mortal!

El rey Midas hizo lo que Baco le había dicho. Se bañó en el río Pactolo, mientras detrás de él dejaba raudales de oro en las arenas. Regresó luego a su casa, y muy feliz, pudo volver a saciar el apetito.



III

PERDIDO EN EL MAR

La historia de Ceix y Alción

El rey Ceix, hijo de la Estrella de la Mañana, caminaba por la playa con su esposa, Alción, hija del rey de los vientos.

—Debo salir en unos días y emprender un largo viaje para visitar el Oráculo de Delfos —le dijo el rey Ceix a su esposa—; pero prometo estar de vuelta en no más de dos meses.

Alción palideció. Sabía que los bruscos vientos del mar abierto eran muy peligrosos.

—Eolo, mi padre, rige los vientos, y yo conozco la fuerza que puede desatar durante una gran tormenta. Te lo ruego, si me amas, ¡no te vayas!

El rey Ceix le reafirmó su amor y le prometió regresar pronto, pero la reina no podía consolarse. Algunos días después, mientras él, de pie en la popa de su barco ondeaba la mano despidiéndose, ella se desplomó en la arena y derramó amargas lágrimas. Luego se arrastró hasta su morada y allí comenzó la larga espera del retorno.

Una noche, mientras el barco del rey Ceix navegaba por el mar, las olas comenzaron a levantarse.

«¡Retiren los remos! ¡Arrien las velas!» gritó el capitán.

Los hombres, sin embargo, no pudieron oírlo porque los vientos habían comenzado a rugir y el trueno retumbaba en el Cielo. El Océano lanzaba su espuma hacia las estrellas y los relámpagos iluminaban la noche. Luego, el mar se volvió amarillo y grandes torrentes de agua se precipitaron desde los cielos, mientras las olas azotaban el barco del rey.

Los últimos pensamientos de Ceix fueron para Alción. Dirigiéndose a los dioses, gritó:

«¡Conducid mi cuerpo hasta donde está mi esposa, al otro lado del mar!»

Y luego repitió su nombre una y otra vez,

hasta que un enorme arco de agua lo arrastró hacia los oscuros abismos del Océano. Y entonces, ya no hubo más relámpagos ni estrellas, sino una profunda oscuridad.

La Estrella de la Mañana no brilló al amanecer, sino que, apesadumbrada por la muerte de su hijo, permaneció escondida detrás de las nubes.

Alción contaba los días que la separaban del retorno de Ceix. Para su bienvenida había tejido una bellísima túnica para él y un vestido para ella. Todos los días quemaba incienso y oraba a Juno, la diosa protectora de las mujeres casadas: quería pedirle que su esposo regresara sano y salvo al hogar.

Al oír las plegarias de Alción, Juno se compadeció de ella; convocó a su mensajera, Iris, la diosa del arco de colores, y la encargó de que se dirigiera al dios Sueño para pedirle que le enviara a Alción un sueño que le revelara cómo su esposo había perecido ahogado en el mar.

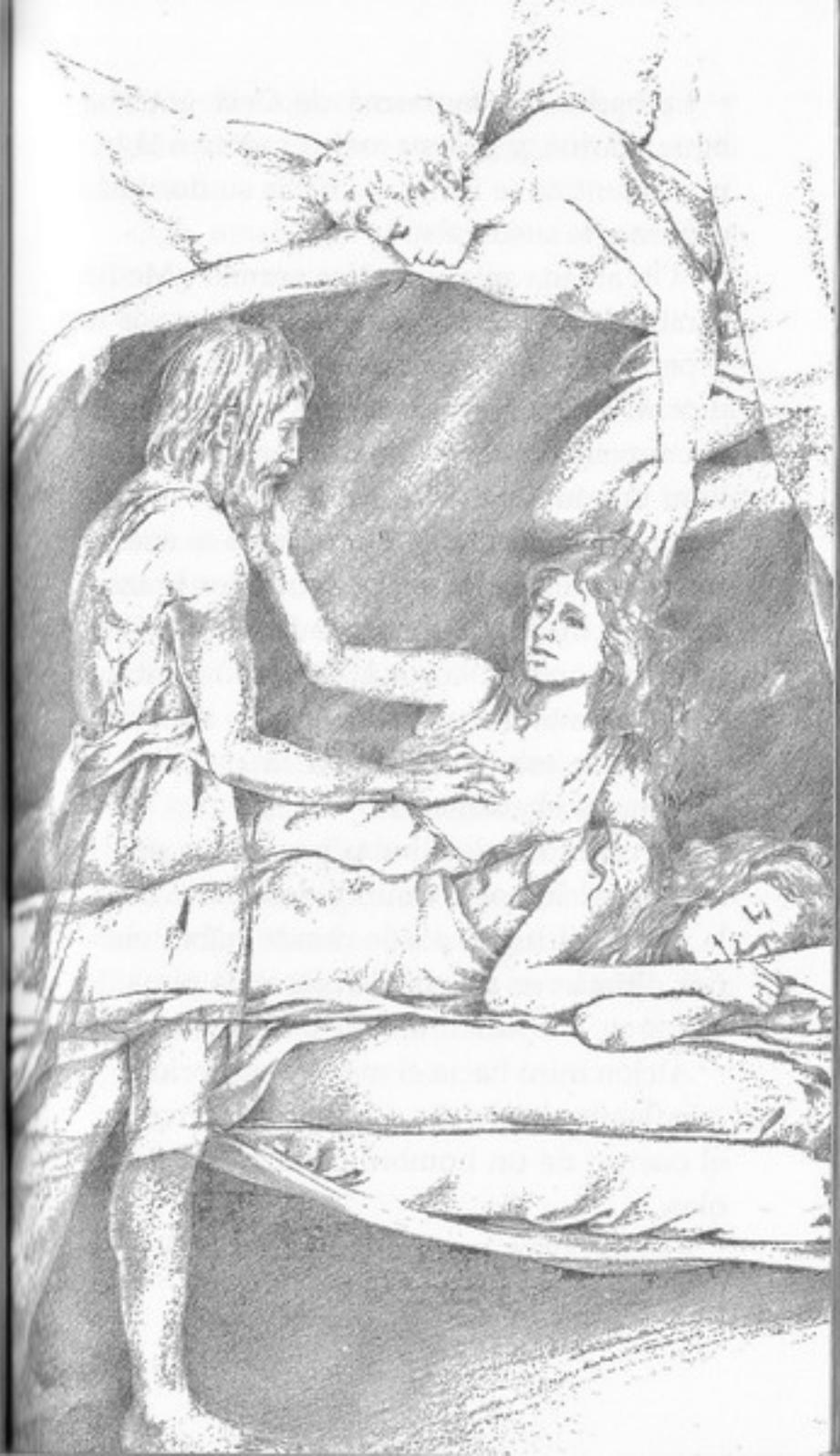
Iris partió enseguida, conduciendo a través del firmamento su estela de mil colores, hasta llegar a las sombrías tierras del país cimerio. Allí, en el hueco de una montaña, vivía el dios Sueño. Una vez hubo llegado a

la caverna del dios, Iris no oyó ni el canto de los pájaros, ni los ladridos de los perros, ni el cacareo de los gansos. Iris sólo pudo escuchar la respiración adormilada del río Leteo en la penumbra, mientras caminaba sobre lechos de amapolas y llegaba al recinto de Sueño.

La diosa del arco iris hizo a un lado los sueños vacíos que iba encontrando a su paso; luego, llegó junto a Sueño que roncaba en su enorme cama de ébano negro. Iris despertó al adormilado dios y le pidió que le enviara un sueño a Alción. Cuando éste hubo aceptado, Iris voló de vuelta al Monte Olimpo, arrastrando consigo todos los colores del arco iris.

Sueño levantó a Morfeo, uno de sus mil hijos, el que podía imitar mejor a los humanos, y le dio instrucciones para que volara en busca de Alción. Luego, volvió a su lecho y dejó que su aletargada cabeza se sumiera de nuevo en el país de los sueños.

Conducido por sus silenciosas alas, Morfeo atravesó las sombras. Y cuando finalmente llegó a la morada de Alción, adoptó la cara y el cuerpo del rey Ceix. Se deslizó dentro de su alcoba y se quedó de pie frente a su lecho.



La barba del fantasma de Ceix goteaba agua marina, y por su rostro rodaban lágrimas mientras se inclinaba hacia su dormida esposa y le susurraba:

«Oh amada mía, ¿puedes verme? ¿Me ha cambiado la muerte? Ya no abrigues más la esperanza de mi retorno. La tempestad hundió mi barco en alta mar, y yo perecí allí pronunciando tu nombre. Levántate ahora y llora mi muerte».

Alción, sollozando en medio de su sueño, trató de tomar a su esposo entre los brazos, pero fue inútil; manoteó, lo llamó a gritos, hasta que su propia voz la despertó. Aunque se dio cuenta de que había estado soñando, temió que esa visión fuera la realidad, y lloró hasta el amanecer.

En cuanto la luz hubo penetrado en su alcoba, Alción se levantó y descendió hasta la playa, al lugar desde donde había visto por última vez a Ceix, de pie, en la popa de su barco, despidiéndose de ella.

Alción miró hacia el mar y descubrió algo que flotaba en el agua. Cuando se acercó, vio el cuerpo de un hombre en la cresta de las olas.

«¡Oh!, pobre marino», dijo, «y pobre esposa, si es que estás casado».

Una ola trajo el cuerpo hacia la playa, y Alción pudo ver que era su esposo. Entonces exclamó:

«¡Oh, amor mío! ¿Por qué has regresado a mí de esta manera?»

Luego, corriendo, entró en el mar. Y, aunque las olas se quebraban contra ella, no se hundió, sino que comenzó a batir el agua con gigantescas alas. Gritando como un ave, se elevó por el aire y voló sobre el mar hasta alcanzar el cuerpo inerte de Ceix. Cuando tocó con su pico los fríos labios de su esposo, éste también se convirtió en pájaro, y los dos pudieron estar juntos de nuevo.

Desde entonces, todos los años, durante siete días antes del solsticio de invierno, las olas se aquietan y el agua permanece en perfecta calma. Estos días se llaman *los días del alción*, pues durante ellos, el rey de los vientos los mantiene encerrados porque su hija Alción está empollando en su nido, más allá de los mares.

IV

EL CONCURSO DE TEJIDO

La historia de Minerva y Aracne



Aracne era una campesina orgullosa y, a la vez, una admirable hilandera y tejedora. Las ninfas del agua dejaban sus ríos, y las ninfas del bosque sus florestas para venir a ver cómo Aracne remojaba la lana en tinturas de color carmesí, tomaba luego los largos hilos y, con sus hábiles dedos, tejía exquisitos tapices.

—¡Ah! ¡Minerva debió de ser quien te dio semejante don! —dijo un día una de las ninfas del bosque, refiriéndose a la diosa del tejido y de las artes manuales.

Aracne echó atrás la cabeza y exclamó:

—¡Oh, no! ¡Minerva no me ha enseñado

nada! ¡Todo lo que sé, lo he aprendido yo sola! —y enseguida, decidió retar a la diosa a competir con ella:

—¡Veamos quién de las dos merece llamarse la diosa del telar!

Las ninfas, ante tal cúmulo de propósitos desdeñosos lanzados contra una diosa del Olimpo llena de poder, se cubrieron la boca horrorizadas.

Y tenían razón, porque cuando Minerva se enteró de semejantes pretensiones, se enfureció. Inmediatamente adoptó la apariencia de una anciana de pelo gris, y cojeando, ayudada de un bastón, se dirigió hacia la cabaña de Aracne.

Cuando ésta abrió la puerta, Minerva, amenazándola con su dedo nudoso, le dijo:

—Si yo estuviera en tu lugar, no andaría comparándome de manera tan engreída con la gran diosa Minerva, y humildemente le pediría perdón por tus palabras arrogantes.

—¡Ridícula tonta! —repuso Aracne—. ¿Quién eres tú para venir ante mi puerta a decirme lo que debo hacer? ¡Si esa diosa tiene al menos la mitad del poder que la gente le atribuye, que se presente aquí y lo demuestre!

—¡Aquí está ella! —anunció una potente

voz y, ante los ojos de la joven, la anciana se convirtió al instante en la diosa Minerva.

Aracne enrojció de vergüenza. Sin embargo, se mantuvo desafiante, y en forma temeraria caminó hacia su destino.

—¡Hola, Minerva! —dijo—. ¿Al fin vas a decidirte a competir conmigo?

Minerva se limitó a lanzarle una mirada de fuego a la joven, mientras las ninfas, acobardadas al oír tanta insolencia, atisbaban desde detrás de los árboles.

—Entra si quieres —dijo Aracne dejándole libre el paso a la diosa.

Sin hablar, entró Minerva en la cabaña, mientras algunas servidoras se apresuraban a preparar dos telares. Luego, Minerva y Aracne se recogieron las largas túnicas y se dispusieron a trabajar. Sus veloces dedos se movían de arriba a abajo, dejando a su paso arcos iris de todos los colores: morados oscuros, rosados, dorados y carmesíes.

Minerva tejió un tapiz en el que se veían los doce dioses y diosas más grandes del Olimpo; pero el de Aracne mostraba no sólo los dioses y las diosas, sino también sus aventuras. Luego, la joven rebordeó su magnífica obra con una franja de flores y de yedra.

Las ninfas del río y del bosque miraban con pavor el tapiz de Aracne. Sin duda su trabajo era superior al de Minerva, y hasta la diosa Envidia, inspeccionándolo con altivez, dijo:

—No hay en él ningún defecto.

Al oír las palabras de Envidia, estalló Minerva. Rasgó el tapiz de Aracne y la golpeó sin compasión, hasta que Aracne, cubierta de oprobio y de humillación, salió arrastrándose y trató de ahorcarse.

Finalmente, movida por un poco de piedad, Minerva dijo:

—Podrás vivir, Aracne, pero permanecerás colgada para siempre, ¡y tejerás en el aire!

Luego, la vengativa diosa la roció con vedegambre, de tal manera que el cabello de la joven, lo mismo que la nariz y las orejas, fueron desapareciendo. Con la cabeza reducida a un tamaño mínimo, toda ella quedó convertida en un vientre gigantesco. Sin embargo, sus dedos pudieron seguir tejiendo, y en pocos minutos Aracne, la primera araña de la tierra, tejió su primera y magnífica tela.

V

EL ÁRBOL DE APOLO

La historia de Dafne y Apolo



Un día, cuando Apolo, el dios de la luz y de la verdad, era aún joven, encontró a Cupido, el dios del amor, jugando con una de sus flechas.

—¿Qué estás haciendo con mi flecha? —preguntó Apolo con ira—. Maté una gran serpiente con ella. ¡No trates de robarme la gloria, Cupido! ¡Ve a jugar con tu arquito y con tus flechas!

—Tus flechas podrán matar serpientes, Apolo —dijo el dios del amor—, ¡pero las mías pueden hacer más daño! ¡Incluso tú puedes caer herido por ellas!

Tan pronto hubo lanzado su siniestra

amenaza, Cupido voló a través de los cielos hasta llegar a lo alto de una elevada montaña. Una vez allí, sacó de su carcaj dos flechas. Una de punta roma cubierta de plomo, cuyo efecto en aquel que fuera tocado por ella, sería el de huir de quien le profesara amor. La segunda tenía la punta aguda, guarnecida de oro, y quien fuera herido por ella, se enamoraría instantáneamente.

Cupido tenía destinada su primera flecha a Dafne, una bella ninfa que cazaba en lo profundo del bosque. Dafne era seguidora de Diana, la hermana gemela de Apolo y diosa del mundo salvaje. Igual que Diana, Dafne amaba la libertad de correr por campos y selvas, con los cabellos en desorden y con las piernas expuestas a la lluvia y al sol.

Cupido templó la cuerda de su arco y apuntó con la flecha de punta roma a Dafne. Una vez en el aire, la flecha se hizo invisible, así que cuando atravesó el corazón de la ninfa, ésta sólo sintió un dolor agudo, pero no supo la causa.

Con las manos cubriéndose la herida, corrió en busca de su padre, el dios del río.

—¡Padre! —exclamó—: ¡Debes hacerme una promesa!

—¿De qué se trata? —preguntó el dios, quien estaba en el río rodeado de ninfas.

—¡Prométeme que nunca tendré que casarme! —gritó Dafne.

El dios del río, confuso ante la frenética petición de su hija, le replicó:

—¡Pero yo quiero tener nietos!

—¡No, padre! ¡No! ¡No quiero casarme nunca! ¡Déjame ser siempre tan libre como Diana! ¡Te lo ruego!

—Sin embargo, ¡yo quiero que te cases! —exclamó el dios.

—¡No! —gritó Dafne y comenzó a golpear el agua con los puños mientras se balanceaba hacia adelante y hacia atrás sollozando.

—¡Muy bien! —profirió el dios del río—. ¡No te aflijas así, hija mía! ¡Te prometo que no tendrás que casarte nunca!

—¡Y prométeme que me ayudarás a huir de mis perseguidores! —agregó la cazadora.

—¡Lo haré, te lo prometo!

Después de que Dafne obtuvo esta promesa de su padre, Cupido preparó la segunda flecha, la de aguda punta de oro, esta vez destinada a Apolo, quien estaba vagando por los bosques. Y en el momento en que el joven dios se encontró cerca de Dafne,

templó la cuerda del arco y disparó hacia el corazón de Apolo.

Al instante, el dios se enamoró de Dafne. Y, aunque la doncella llevaba el cabello salvaje y en desorden, y vestía sólo toscas pieles de animales, Apolo pensó que era la mujer más bella que jamás había visto.

—¡Hola! —le gritó; pero Dafne le lanzó una mirada de espanto y, dando un respingo, se internó en el bosque como lo hubiera hecho un ciervo.

Apolo corrió detrás de ella gritando:

—¡Detente! ¡Detente!

Pero la ninfa se alejó con la velocidad del viento.

—¡Por favor, no corras! —le gritó Apolo—. Huyes como una paloma perseguida por un águila; ¡yo no soy tu enemigo! ¡No te escapes de mí!

Dafne continuaba corriendo.

—¡Detente! —profirió Apolo.

—¿Sabes quién soy yo? —dijo el dios—. No soy un campesino ni un pastor. ¡Soy el Señor de Delfos! ¡Un hijo de Júpiter! ¡Cacé una enorme serpiente con mi flecha! Pero ¡ay!, ¡temo que el arma de Cupido me ha herido con más rigor!

Dafne seguía corriendo, con los muslos

desnudos al sol y con el cabello salvaje al viento.

Apolo ya estaba cansado de pedirle que se detuviera, así que aumentó la velocidad. Las alas del amor le dieron al dios de la luz y de la verdad una celeridad que jamás había alcanzado; no le daba respiro a la joven, hasta que pronto estuvo cerca de ella.

Ya sin fuerzas, Dafne podía sentir la respiración de Apolo sobre sus cabellos.

—¡Ayúdame, padre! —gritó dirigiéndose al dios del río—. ¡Ayúdame!

No acababa de pronunciar estas palabras, cuando sus brazos y piernas comenzaron a tornarse pesados hasta volverse leñosos. El pelo se le convirtió en hojas y los pies en raíces que empezaron a internarse en la tierra. Había sido transformada en el árbol del laurel, y nada había quedado de ella, salvo su exquisito encanto. Apolo se abrazó a las ramas del árbol como si fueran los brazos de Dafne y, besando su carne de madera, apretó las manos contra el tronco y lloró.

—Siento que tu corazón late bajo esta corteza —dijo Apolo, mientras las lágrimas rodaban por su rostro—. Y como no podrás ser mi esposa, serás mi árbol sagrado. Usaré tu madera para construir mi harpa y fabricar



mis flechas, y con tus ramas haré una guirnalda para mi frente. Héroes y letrados serán coronados con tus hojas, y siempre serás joven y verde, tú, Dafne, mi primer amor.



VI

EL ROSTRO EN EL ESTANQUE

La historia de Eco y Narciso



Quando Júpiter llegaba a las montañas, las ninfas del bosque corrían a abrazar al festivo dios, y jugaban y reían con él en heladas cascadas y en frescos y verdes pozos.

Juno, la esposa de Júpiter, que era muy celosa, con frecuencia espiaba por las faldas de la montaña, tratando de sorprender a su esposo con las ninfas. Pero cada vez que la diosa estaba a punto de descubrirlo, una ninfa encantadora llamada Eco le salía al paso y, entablado una animada conversación, hacía todo cuanto estaba a su alcance para entretener a la diosa mientras Júpiter y las otras ninfas escapaban. Finalmente, en

una ocasión Juno descubrió que la ninfa había estado engañándola, y llena de ira, estalló:

—¡Tu lengua ha estado poniéndome en ridículo! —vociferó contra Eco—. ¡De ahora en adelante tu voz será más breve, querida mía! ¡Siempre podrás decir la *última* palabra, pero nunca la *primera*!

Desde ese día, la pobre Eco sólo puede repetir la última palabra de lo que los otros dicen.

Un día Eco descubrió a un muchacho de cabellos dorados que estaba cazando ciervos en el bosque. Se llamaba Narciso y era el joven más hermoso de la floresta. Cualquiera que lo mirara, quedaba inmediatamente enamorado de él, pero éste nunca quería saber nada de nadie, tal era su engreimiento.

Cuando Eco vio por primera vez a Narciso, su corazón ardió como una antorcha. Lo siguió en secreto por los bosques y a cada paso lo amaba más. Poco a poco se fue acercando, hasta que aquél pudo oír el crujir de las ramas, y dándose vuelta, gritó:

—¿Quién está aquí?

Desde detrás de un árbol, Eco repitió la última palabra:

—¡Aquí!

Narciso miró extrañado.

—¿Quién eres tú? ¡Ven acá! —dijo.

—¡Ven acá! —dijo Eco.

Narciso escudriñó el bosque, pero no pudo encontrar a la ninfa.

—¡Deja de esconderte! ¡Encontrémonos! —gritó.

—¡Encontrémonos! —exclamó Eco, y luego, saliendo de entre los árboles, corrió a besar a Narciso.

Cuando el joven sintió que la ninfa se abrazaba a su cuello, entró en pánico, y la rechazó gritando:

—¡Déjame tranquilo! ¡Mejor morir que permitirte que me ames!

—¡Me ames! —fue lo único que la pobre Eco pudo decir mientras veía cómo Narciso huía de ella a través de la floresta.

—¡Me ames! ¡Me ames! ¡Me ames!

Entre tanto, Narciso cazaba en el bosque, cuidando sólo de sí mismo, hasta que un día descubrió un estanque escondido, cuya superficie relucía como la plata. Ni pastor, ni jabalí, ni ganados habían enturbiado sus aguas; ni pájaros, ni hojas. Sólo el sol se permitía danzar sobre ese espejo.

Fatigado de la caza y ansiando calmar la

sed, Narciso se tendió boca abajo y se inclinó sobre el agua; pero cuando miró la lisa superficie, vio a alguien que lo observaba.

Narciso quedó hechizado. Unos ojos como estrellas gemelas, y enmarcados por cabellos tan dorados como los de Apolo y por mejillas tan tersas como el marfil, lo miraban desde el fondo del agua; pero cuando se agachó para besar esos labios perfectos, lo único que tocó fue el agua de la fuente. Y, cuando buscó y quiso abrazar esa visión de tal belleza, no encontró a nadie.

«¿Qué amor podrá ser más cruel que éste?», se lamentó. «Cuando mis labios besan al amado, ¡sólo encuentran el agua! Cuando busco a mi amado, ¡sólo toco el agua!»

Narciso comenzó a sollozar. Y, mientras se enjugaba las lágrimas, la persona del agua también se enjugaba las suyas.

«¡Oh, no!», se lamentó el doncel. «Ahora adivino la verdad: estoy llorando por *mí mismo!* ¡Estoy suspirando por mi propio reflejo!»

A medida que lloraba con más fuerza, sus lágrimas enturbiaban la cristalina superficie del estanque y hacían desaparecer el reflejo.

—¡Regresa! ¿A dónde has ido? —gritaba



el joven—. ¡Te amo tanto! ¡Al menos quédate y déjame mirarte!

Día tras día, enamorado, estuvo Narciso buscando en el agua su propio reflejo. Lleno de pesadumbre empezó a enfermar, hasta que una triste mañana se dio cuenta de que estaba muriendo.

—¡Adiós, amor mío! —le gritó a su reflejo.

—¡Adiós, amor mío! —le gritó Eco a Narciso desde su caverna del fondo del bosque.

Luego, Narciso exhaló su último suspiro.

Después de su muerte, las ninfas del agua y las ninfas del bosque buscaron su cuerpo, pero todo lo que pudieron hallar fue una magnífica y bella flor escondida al pie del estanque en donde el joven había estado suspirando por su propia imagen. La flor tenía pétalos blancos y centro amarillo, y desde entonces, se le llamó Narciso.

Entretanto, ¡ay!, la pobre Eco, desolada después de la muerte de su amado, no quiso volver a comer o a dormir. Mientras permanecía abandonada en la caverna, su belleza se fue esfumando; y se volvió tan delgada, que al fin lo único que quedó de ella fue la voz. Desde entonces, la voz solitaria de Eco se oye en las montañas cuando repite las últimas palabras que alguien dice.

VII

EL RAPTO

La historia de Ceres y Proserpina



Un buen día, Proserpina, la joven doncella de la Primavera, se encontraba recogiendo flores con su madre, Ceres, la diosa de las cosechas. Con el fin de llenar su canasta con lirios y violetas, Proserpina se fue adentrando en el fresco y húmedo bosque, hasta que, mientras observaba los pétalos de un narciso, se extravió lejos de su madre.

En el mismo instante en que Proserpina tomaba un hermoso narciso, la tierra comenzó a retumbar; de pronto el suelo se abrió, destrozó capas de helechos y arrancó de raíz árboles y flores. Luego, brotando del

fondo de la tierra, apareció Plutón, dios del Averno

De pie en su negro carruaje, con ferocidad dirigió el dios sus potentes caballos hacia Proserpina. La joven llamó a gritos a su madre, pero Ceres estaba tan lejos, que no pudo salvarla.

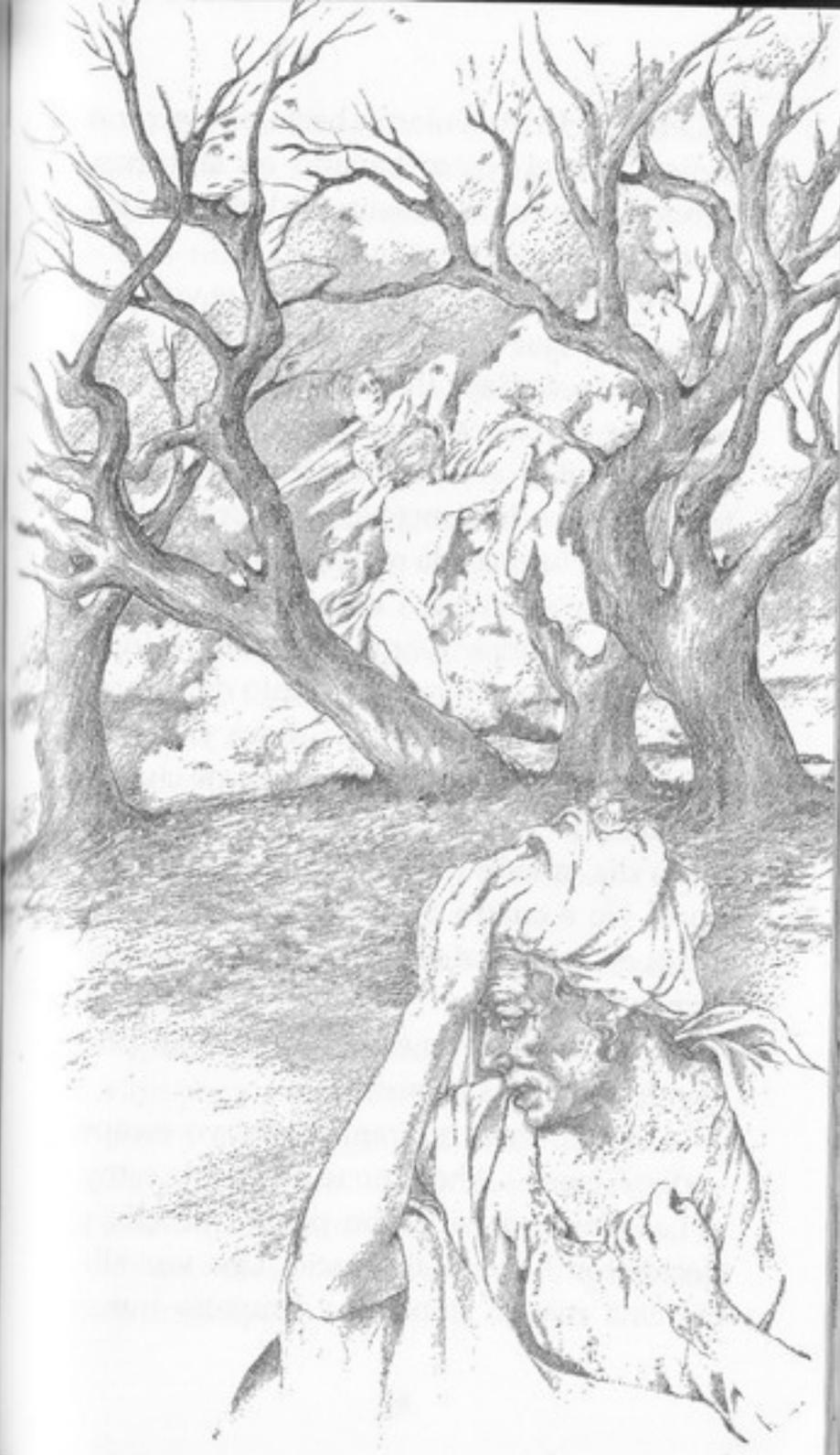
Plutón, arrebatando a Proserpina, la introdujo en el carro y regresó con ella hacia el interior de la tierra. Luego, de nuevo se cerró la hendidura sin dejar el más leve rastro.

Cuando las montañas resonaron con el eco de los gritos de Proserpina, Ceres corrió al bosque, pero fue demasiado tarde pues su hija ya había desaparecido.

Fuera de sí a causa del dolor, Ceres comenzó a buscar a su hija secuestrada por todas las regiones. No descansó durante nueve días; dos antorchas la acompañaron en las frías noches mientras trataba de encontrar a Proserpina.

Al décimo día, Hécate, diosa del lado oscuro de la luna, visitó a Ceres. Con una linterna en la mano, la encapotada diosa dijo:

—Yo también oí los gritos de tu hija, pero no la vi. Volemos hasta encontrar a Helios, el dios Sol, y preguntémosle qué sucedió.



Ceres y Hécate volaron hasta encontrar a Helios; con el rostro bañado en lágrimas, Ceres le preguntó si, mientras alumbraba los bosques, había visto a su hija.

—Te compadezco, Ceres, porque yo también sé lo que es perder a un hijo; pero conozco la verdad. Plutón quería a Proserpina por esposa, así que le pidió a su hermano, Júpiter, el consentimiento para raptarla. Éste se lo concedió, y ahora tu hija reina con Plutón en la región de los muertos.

Gritando de rabia, Ceres levantó los puños hacia el monte Olimpo y maldijo a Júpiter por haber propiciado el rapto de su propia hija. Luego regresó a la tierra y, disfrazada de anciana, comenzó a vagar de ciudad en ciudad.

Un día, mientras descansaba cerca de un pozo, vio a cuatro princesas que venían en busca de agua, y al recordar a su propia hija, comenzó a llorar.

—¿De dónde vienes, anciana? —le preguntó una de las princesas.

—Unos piratas me raptaron, y yo escapé —dijo Ceres—. Ahora no sé en dónde estoy.

Las princesas sintieron piedad de ella y decidieron llevarla al palacio. Una vez allí, la reina madre sintió una simpatía inme-

diata por la diosa, cuando vio cómo ésta trataba a su bebé, el príncipe. Así que le pidió a Ceres que se quedara a vivir con ellas y que fuera el ama del niño, lo que ésta aceptó complacida.

Ceres fue encariñándose tan profundamente con el bebé, que la sola idea de que un día pudiera llegar a viejo y morir, le era insoportable. Decidió entonces transformarlo en dios. Todas las noches, mientras la gente dormía, derramaba por su cuerpo un líquido mágico y lo ponía luego al fuego. Muy pronto el príncipe comenzó a parecerse a un dios; todos admiraban su fuerza y su belleza. La reina, preocupada por los cambios de su hijo, se escondió en los aposentos del niño para espiarlo a él y a Ceres, y cuando vio cómo ésta lo ponía en el fuego, gritó pidiendo auxilio.

—¡Estúpida! —exclamó Ceres, retirándolo de la llama.

—¡Iba a hacer de tu hijo un dios! ¡Hubiera vivido para siempre! ¡Ahora no será sino un mortal y morirá como todos los demás!

El rey y la reina se dieron cuenta, entonces, de que el ama del niño era Ceres, la poderosa diosa de las cosechas, y quedaron aterrorizados.

—Sólo os perdonaré —dijo Ceres—, si construís un gran templo en mi honor. Luego le enseñaré a vuestro pueblo los ritos secretos que propician el crecimiento de la mies.

Al amanecer, el rey ordenó la construcción de un gran templo en honor de la diosa; pero una vez terminado, Ceres no reveló los ritos secretos. En lugar de ello, permaneció sentada todo el día, apesadumbrada por la desaparición de su hija. Su duelo era tan profundo, que todos los productos de la tierra dejaron de crecer.

Fue aquél un año terrible; no había comida, y tanto la gente como los animales empezaron a morir de hambre.

Júpiter comenzó a preocuparse; si Ceres estaba causando la muerte de los habitantes de la tierra, ya no habría más presentes ni ofrendas para él. Decidió entonces enviar dioses del Olimpo a conversar con ella.

Los dioses se presentaron ante Ceres portando dádivas e intercedieron ante ella para que la tierra volviera a ser fértil.

—Nunca lo haré —respondió—, nunca más, mientras mi hija no haya regresado a mí, sana y salva.

Júpiter no tuvo otra alternativa que man-

dar a su hijo Mercurio, el dios mensajero, para que buscara a Proserpina y la hiciera regresar al lado de su madre.

Errando por las profundidades del Averno, Mercurio recorrió cavernas húmedas y oscuras en donde pululaban espectros y fantasmas, hasta llegar al brumoso salón del trono de Plutón y Proserpina. Aunque la doncella parecía aún asustada, se había acostumbrado tanto a su nuevo hogar, que ya casi no recordaba la vida en la tierra.

—Tu hermano, Júpiter, te ordena devolver a Proserpina a su madre —le dijo Mercurio a Plutón—. Si no lo haces, Ceres destruirá la tierra.

Plutón sabía que no podía desobedecer a Júpiter, pero tampoco quería dejar ir a su esposa para siempre, así que dijo:

—Podrá irse, pero primero quisiera hablar con ella a solas.

Cuando Mercurio desapareció, Plutón le habló a Proserpina con dulzura:

—Si te quedas, serás la reina del Averno, y los muertos te honrarán en gran medida.

Mientras Proserpina miraba a los ojos al dios de los muertos, comenzó a recordar vagamente la alegría del amor de su madre,

las flores salvajes del bosque y los prados abiertos y soleados.

—Prefiero regresar —suspiró.

Plutón asintió y luego dijo:

—Está bien, vete. Pero antes de partir, come de estas pequeñas semillas de la granada. Es el alimento de las profundidades, y te traerá buena suerte.

Proserpina comió las diminutas semillas; luego, el negro carro de Plutón partió con ella y con Mercurio. Los dos potentes caballos atravesaron la seca corteza de la tierra y luego galoparon por el árido campo hasta llegar al templo en donde Ceres lloraba por su hija.

Cuando Ceres la vio acercarse, descendió corriendo por la ladera, mientras Proserpina saltaba fuera del carro y se echaba en los brazos de su madre. Todo el día estuvieron hablando emocionadas de todo lo que había sucedido durante su separación; pero cuando Proserpina le dijo a su madre que había comido las semillas de la granada, la diosa escondió la cara entre las manos y comenzó a lamentarse con angustia.

—¿Qué hice yo? —gritó Proserpina.

—Comiste el alimento sagrado del Averno —dijo Ceres—. Y ahora tendrás que

volver a vivir con Plutón, tu esposo, durante la mitad de cada año.

Y así fue como se crearon las estaciones; cuando llegan el otoño y el invierno, la tierra se vuelve fría y árida porque Proserpina está viviendo en las profundidades con Plutón, mientras su madre se aflige por su ausencia. Pero cuando su hija regresa, Ceres, la diosa de las cosechas, hace retornar la primavera y el verano a la tierra: crece la mies, y todo florece de nuevo.



VIII

LA OSA MAYOR

La historia de Calisto y Arcas

En una ocasión, Júpiter, el dios de los Cielos, se enamoró de una joven doncella llamada Calisto. Cuando más tarde, la celosa Juno, esposa del dios, supo que Calisto había dado a luz a Arcas, hijo de Júpiter, estalló en terrible ira. Rauda, descendió del Olimpo y buscó en los bosques hasta encontrar a Calisto, quien estaba jugando con su pequeño hijo.

Cuando la joven vio a Juno, gritó de miedo, pues todos los mortales sabían de los ataques de celos de la diosa.

—¡Así que tu belleza cautivó a mi esposo!
—profirió Juno—. Pues bien, ¡veamos qué tanto vas a gustarle cuando te vea *así!*

Mientras Calisto pedía perdón, su piel se iba cubriendo de tosco pelo negro; sus manos y pies quedaron convertidos en garras enormes de las que brotaban agudas uñas. La boca se le llenó de aterradores y gigantes- cos dientes, y la voz quedó transformada en un profundo gruñido — Juno había convertido a la encantadora joven en un oso de aspecto feroz.

Como Calisto aún amaba a su hijito, con pasos torpes se dirigió a él; pero éste, asustado, comenzó a gritar. Las ninfas del bosque vinieron entonces y se lo arrebataron.

Todos le temían a Calisto, ahora que era una inmensa osa negra, y nadie se daba cuenta de que aún era tan dulce y amorosa como siempre había sido. Perseguida por hombres y perros, se vio obligada a escon- derse y a vagar por los bosques. También tuvo que huir de otros animales salvajes — incluso de los mismos osos — porque no sabía cómo pelear, ni quería aprender.

Al comienzo, Calisto intentó permanecer cerca de la cabaña en donde su hijo vivía con sus padres adoptivos; cuando el niño se paseaba solo, caminaba cerca de él, escondién- dose detrás de los árboles; y en las noches, se deslizaba hasta su ventana para verlo dor-

mir. Arcas les relató a sus nuevos padres que un enorme oso negro venía a mirarlo, pero ellos le contestaron que esto sólo era un sueño.

La gran osa se vio perseguida a tal punto por cazadores y perros, que finalmente tuvo que refugiarse lejos de su hijo, en lo más profundo de la floresta.

No obstante, muchos años después, du- rante una noche de invierno soñó con Arcas, su hijo. Sintió entonces una nostalgia tal, que tan pronto llegó la primavera dejó su gua- rida del bosque y se dirigió hacia la región en donde una vez había vivido.

Una tarde, a la hora del crepúsculo, cuando la osa recorría su familiar bosque mientras recordaba el pasado, llegó cerca de un cazador que apuntaba su flecha hacia un pájaro distante. Cuando lo vio, sintió que la sangre se le helaba en las venas porque reco- noció a Arcas, su hijo y el de Júpiter. Sobre- cogida de amor por él, Calisto lo miraba templar el arco y disparar contra el pájaro.

Se sintió feliz cuando la flecha falló, por- que siendo ella misma un animal salvaje, no quería que ninguna criatura fuera víctima de un cazador; pero cuando Arcas dio la vuelta y vio a la osa mirándolo, Calisto sin-

tió que el terror tensaba sus músculos; el joven lentamente levantó el arco y lo dirigió exactamente hacia ella. Calisto, incapaz de moverse, sólo pudo mirarlo, muda de pesadumbre.

Mas, en ese mismo instante, Júpiter observaba la Tierra desde el Monte Olimpo y, viendo lo que iba a suceder, raudo corrió a salvar a aquélla a quien antes, joven doncella, había amado tanto. Más rápido que un relámpago, se precipitó desde la montaña, se apoderó de Calisto, y se lanzó con ella a través del nocturno firmamento. Luego, arrancando a Arcas de la tierra, lo transportó a los cielos en donde, convertido en un pequeño oso, permanece cerca de su madre.

Allí, *ambos* se transformaron en estrellas. Desde entonces, viven juntos en el cielo y son conocidos como las constelaciones de la Osa Mayor y la Osa Menor. Sin embargo, cuando la celosa Juno los descubrió, mandó a Neptuno, dios del Mar, a que les prohibiera descender hasta el océano, como lo hacen las demás estrellas. Por esta razón, la Osa Mayor y la Osa Menor son las únicas constelaciones que nunca se sitúan por debajo del horizonte.



IX

VIAJE AL AVERNO

La historia de Orfeo y Eurídice



Shhh, musitó el viento.

Los árboles del otoño estaban inmóviles y los pájaros habían interrumpido sus trinos; Orfeo, el músico más grande entre los mortales, cantaba la celebración de sus bodas con la hermosa doncella Eurídice.

Después de la ceremonia, todos los seres de la naturaleza miraban a la pareja pasearse a través del campo abierto, cuando de pronto Eurídice lanzó un grito y luego cayó al suelo mientras una serpiente venenosa se escapaba por entre la hierba. Orfeo, gritando el nombre de su esposa, trató de abrazarla, pero ya era demasiado tarde. El veneno de la

serpiente le había inundado las venas, y su dulce alma había descendido al Averno.

Después de la muerte de Eurídice, Orfeo quedó anonadado por la pena, e incluso los árboles y las fieras salvajes se lamentaban con él cuando, con cantos, recordaba su pérdida. Así se llegó el día en que, no pudiendo soportar más tanta tristeza, decidió partir hacia el Averno en busca de Eurídice.

Un barquero transportó a Orfeo a través del lóbrego pantano del Estigio, ese oscuro río que separa el reino de los vivos del de los muertos. Luego Orfeo, con una antorcha en la mano, se adentró por regiones profundamente oscuras, plagadas de los ecos de horribles voces que resonaban a través de paisajes cavernosos en donde flotaban los espectros de los muertos y los fantasmas que allí habitaban.

A tientas, por un camino oscuro e inclinado, fue descendiendo Orfeo. A su paso encontró a las Furias de rostros ajados y enormes cuerpos. Al Cancerbero, el perro de tres cabezas, guardián del palacio de Plutón y Proserpina, quienes son los señores de los muertos.

Cuando Orfeo llegó al brumoso salón del trono y se encontró ante el rey y la reina, se postró de rodillas.

—Bienvenido, Orfeo —dijo Plutón—. Levántate y cántanos las razones de tu presencia.

Orfeo comenzó a tañer la lira, y con su más bella voz, entonó el canto de su perdido amor:

Permitidme volver conmigo.

Tal vez regrese a vosotros.

No me la deis;

tan sólo prestádmela, os lo ruego.

Mientras Orfeo cantaba con su dulce voz, lágrimas de hierro corrían por las mejillas de Plutón. Las lágrimas también brotaban de los ojos vacíos de los pálidos espectros y fantasmas. Y las Furias, inclinando sus torturadas frentes, lloraron por primera vez en su vida. Hasta el can de tres cabezas lloró; y lloró también el barquero del río Estigio. Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo para sollozar por Orfeo y Eurídice.

Después de enjugar sus lágrimas, Plutón y Proserpina hicieron llamar a la esposa de Orfeo; pero de nuevo se humedecieron sus rostros cuando, una vez llegada al salón del trono, y agotada por su fatal herida, exclamó:

—¡Orfeo, has venido por mí!

Mientras la acercaba a él y escondía su rostro contra ella, Orfeo pudo percibir el perfume dulce de las flores que aún tenía entretejidas en sus cabellos.

—Eurídice puede volver contigo —dijo Plutón—, pero sólo con una condición: que *no* voltees a mirarla durante tu viaje de regreso. Debes confiar en que te estará siguiendo. Hasta tanto ambos no se encuentren de nuevo en la Tierra, no debes mirar hacia atrás, o tu viaje habrá sido en vano.

Orfeo aceptó satisfecho una condición que parecía muy sencilla, y luego de agradecer a los amos del país de los muertos, comenzó su incursión hacia la tierra a lo largo del escarpado y oscuro camino, mientras Eurídice lo seguía.

Con la determinación de no mirar hacia atrás, dejó que su esposa pasara al lado del perro guardián de tres cabezas, de las Furias con sus cabelleras de serpientes, y que luego tomara los lúgubres pasajes poblados de espectros y fantasmas. Cuando el humo de su antorcha penetró el aire profundamente oscuro, y cuando la caverna se llenó de horribles gritos, Orfeo anheló poder mirar hacia

atrás para confirmar que Eurídice se encontraba bien; pero, recordando la advertencia de Plutón, contuvo su deseo.

Por último, después de que el barquero lo hubo conducido a través del lóbrego río Estigio, Orfeo divisó un raudal de luz que penetraba por la puerta del Averno. Esperó hasta haber salido de la oscura caverna de la muerte, y luego se dio vuelta para mirar a Eurídice.

Sin embargo, Orfeo había olvidado que, para obedecer la advertencia de Plutón, *ambos* debían estar fuera del Averno antes de que él pudiera mirarla de nuevo; entonces, en cuanto sus ojos se posaron en el dulce y hermoso rostro de Eurídice, ésta profirió un «Adiós», y luego desapareció en el negro abismo.

Orfeo corrió en pos de Eurídice, pero espectrales fantasmas le impidieron el paso. Le suplicó al barquero que lo llevara de nuevo al país de los muertos, pero éste lo hizo a un lado. No hubo nada que hacer; no pudo regresar, ni Eurídice pudo volver a él. Se había internado en el más allá de nuevo, y esta vez para siempre.

Orfeo dejó la orilla del río Estigio y se arrastró hasta lo más alto de una verde co-



lina azotada por los vientos, y allí lloró y se lamentó.

Pero sus lamentos pronto se fueron convirtiendo en bellos y lastimeros cantos. Y he aquí que, a medida que iba cantando, los árboles se le iban acercando: Un roble de robustas ramas cargadas de bellotas, un sauce que crecía junto al río, un resplandeciente abeto plateado, un verde boj, un arce rojo, un limonero, un laurel y un tilo — todos estos árboles protegieron a Orfeo del áspero viento y de los rayos ardientes del sol, mientras oían su triste y hermoso cantar.



X

LAS MANZANAS DE ORO

La historia de Atalanta e Hipómenes

Hace mucho, mucho tiempo, una niña recién nacida llamada Atalanta fue abandonada en la falda de una montaña salvaje porque su padre había deseado tener un hijo en lugar de una niña. Una benévola osa descubrió a la pequeñita a quien alimentó y crió. A medida que fue creciendo, Atalanta vivía como lo hacen los osos: comiendo miel salvaje y bayas, y cazando en el bosque. Por último, cuando ya se había convertido en una mujer, se volvió una seguidora de Diana, la diosa del mundo salvaje. Prefería vivir sola, y por eso, recorría feliz los umbrosos bosques y los campos soleados.

El dios Apolo estaba de acuerdo con la forma de vivir que Atalanta había escogido. «Nunca debieras casarte», le dijo un día. Si lo haces, seguramente perderás tu identidad.

A pesar de su decisión de nunca casarse, muchos pretendientes la perseguían; porque cuando los hombres la veían correr por campos y florestas, quedaban impresionados por su belleza y su gracia. Disgustada con los hombres por la molestia que le causaban, Atalanta ideó un plan para alejarlos.

«¡Desafío a competir en una carrera a quien quiera casarse conmigo!», le anunció al diario tropel que la acosaba. «Quien sea tan veloz como para sobrepasarme, ¡recibirá mi mano en premio! Pero aquél a quien venza, morirá».

Atalanta estaba segura de que una condición tan difícil bastaría para desanimar a cualquiera que quisiera casarse con ella, pero estaba equivocada, porque su fuerza y su gracia eran tan atractivas, que muchos hombres se arriesgaron a competir — y todos ellos perdieron la vida.

Cierto día, un joven extranjero llamado Hipómenes, que vagaba por el campo, se detuvo al pie de una multitud que miraba la ca-

rrera de Atalanta y de uno de sus seguidores. Cuando Hipómenes se enteró de las condiciones de la competencia, quedó espantado:

«Nadie merece que por ella se corra semejante riesgo!» exclamó. «¡Sólo un idiota puede tratar de ganársela como esposa!»

Sin embargo, cuando Atalanta pasó rauda, e Hipómenes la vio con el pelo suelto flotando sobre sus hombros de marfil y con su fuerte y grácil cuerpo moviéndose como una gacela, también él quedó poseído del deseo de ser su esposo.

«Le pido perdón», dijo al jadeante perdedor que iba camino a la muerte. «No sabía la clase de premio que era ella».

Cuando Atalanta recibió la corona de la victoria, Hipómenes se le acercó audazmente y le habló delante de la multitud:

—¿Por qué compites con hombres tan lentos? —le preguntó—. ¿Por qué no conmigo? Si yo venzo, no sufrirás afrenta porque yo soy el biznieto de Neptuno, ¡dios del Mar!

—¿Y si yo venzo? —preguntó Atalanta.

—Si vences... ¡seguramente tendrás algo de qué jactarte!

Cuando Atalanta miró al orgulloso doncel, comenzó a preguntarse por qué los dioses habrían querido que alguien tan joven e

intrépido muriera. Y, por primera vez, sintió que quizás sería mejor perder que ganar. Inexperta como era en cuestiones del corazón, no se daba cuenta de que estaba comenzando a enamorarse.

—Vete, extranjero —le musitó—, no vale la pena que pierdas la vida por mí.

Pero la multitud, presintiendo que una gran carrera estaba a punto de realizarse, vitoreaba locamente incitándolos a competir. Como Hipómenes lo anhelaba también, Atalanta no pudo hacer nada distinto y, con el corazón apesadumbrado, consintió en competir con el joven al día siguiente.

A la luz rosada del amanecer, solitario en la altura de una colina, Hipómenes invocó a Venus, la diosa del amor y de la belleza para que le ayudara en su carrera contra Atalanta. Cuando Venus oyó su plegaria, se llenó de satisfacción y quiso ayudarle porque también deseaba castigar a la joven que despreciaba el amor.

Como en un sueño, Venus condujo a Hipómenes hasta un árbol sagrado que crecía en medio de un campo abierto. El árbol tremolaba, cargado de hojas y de manzanas de oro. Venus ordenó a Hipómenes arrancar

tres manzanas, y luego le indicó cómo usarlas en la competencia contra Atalanta.

La multitud rugía mientras Atalanta e Hipómenes se colocaban en cuclillas sobre la línea de partida. Bajo la túnica, el joven llevaba escondidas las tres manzanas. Cuando sonó la trompeta, los dos se lanzaron hacia adelante con tal rapidez, que sus desnudos pies escasamente tocaban la arena. Se hubiera dicho que de haber corrido sobre la superficie del mar, sus pies no se habrían humedecido; ni se habrían doblado las espigas de un campo sembrado bajo su ligero paso.

La multitud aclamaba a Hipómenes, pero Atalanta se le adelantó y se mantuvo a la cabeza. Cuando aquél comenzó a jadear y a sentir como si el pecho se le rompiera, sacó de su túnica una de las manzanas doradas y la arrojó hacia la joven.

La resplandeciente manzana dio contra el piso y rodó hacia Atalanta. Ésta se apartó de la ruta y corrió tras la brillante esfera, mientras Hipómenes se adelantaba. La gente gritó de alegría; pero una vez se hubo apoderado de la manzana de oro, Atalanta de nuevo sobrepasó a Hipómenes con rapidez.

Éste volvió a lanzar otra manzana, y una vez más Atalanta se alejó del camino, la recogió, y luego pasó adelante.

Cuando Hipómenes sacó la tercera manzana, se dio cuenta de que ésta era su última oportunidad. Echó entonces el brazo hacia atrás y la arrojó tan lejos como pudo en medio del campo.

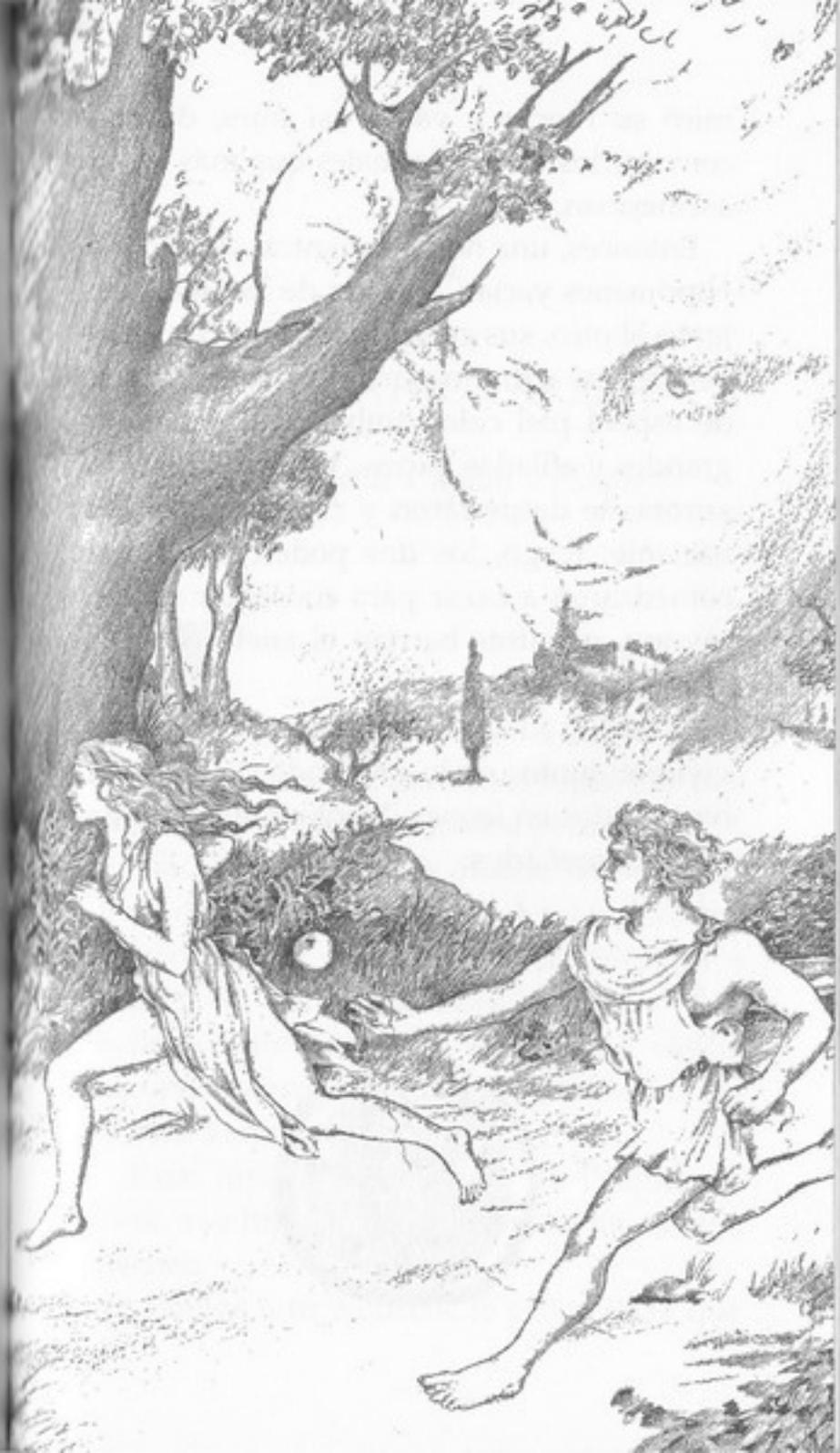
Viendo volar la dorada esfera por el aire, Atalanta dudó y se preguntó si debía o no correr tras ella. Pero en el mismo instante en que había decidido no hacerlo, Venus tocó su corazón y la empujó a abandonar el camino para correr en pos de la reluciente manzana.

Atalanta se desvió hacia el campo en donde brillaba la codiciada fruta — e Hipómenes alcanzó la línea final.

Habiendo ganado a Atalanta como esposa, Hipómenes cometió un terrible error: olvidó ofrecer a Venus dádivas como agradecimiento por haberle ayudado.

Enfurecida por su ingratitud, la diosa del amor y la belleza llamó en su ayuda a Diana, la diosa de la Luna, y le pidió que castigara a Hipómenes y a Atalanta.

Cuando la Luna vio a los dos orgullosos amantes cazando por bosques y prados, ad-



miró su fuerza y valor; así pues, decidió convertirlos en los animales que más se les asemejaban.

Entonces, una noche, mientras Atalanta e Hipómenes yacían a la luz de la luna, uno junto al otro, sus cuerpos comenzaron a experimentar extraños cambios; se cubrieron de áspera piel color ámbar y les brotaron grandes y afiladas garras. Y cuando llegó la aurora, se despertaron y rugieron a la luz naciente; luego, los dos poderosos leones comenzaron a cazar para conseguir su desayuno, mientras barrían el suelo con sus gruesas colas.

De ahí en adelante, Atalanta e Hipómenes vivieron juntos en lo profundo del bosque, convertidos en leones. Y sólo la diosa Luna pudo domeñarlos.



XI

LAS CUATRO TAREAS

La historia de Cupido y Psique

Hace mucho tiempo, un rey y una reina tuvieron tres hermosas hijas. Las dos mayores eran sobresalientes, pero la menor, llamada Psique, era la muchacha más perfecta e inteligente del reino. A tal punto, que la gente había comenzado a abandonar los altares de Venus, la diosa del amor y la belleza, para venerar a Psique. En efecto, algunos habían empezado a llamarla la segunda Venus.

Ésta, furiosa por la fama de Psique, ordenó a su hijo Cupido herirla con una de sus flechas:

«¡Venga a tu madre!», le gritó. «Haz que

Psique se enamore del más vil de los hombres; ¡de la bestia más cruel y miserable que puedas encontrar!»

Cupido se dispuso inmediatamente a ejecutar la orden de su madre; pero cuando el dios del amor posó sus ojos en la maravillosa doncella, accidentalmente se hirió un dedo con una de sus flechas, y así fue como quedó él mismo enamorado de Psique.

Atormentado por tan súbita pasión, Cupido voló inmediatamente en busca de Apolo, el dios de la luz y de la verdad, y solicitó su ayuda.

Poco después, todos los admiradores de Psique desaparecieron. Su padre no podía entender por qué los seguidores de su hija habían dejado de solicitarla, y temiendo el furor de los dioses, pidió el consejo de Apolo.

«Tal vez haya sido decretado que tu hija sea la esposa de un dios», dijo Apolo. «Deja que se quede sola en lo alto de una montaña, y pronto sabrás si un dios desea casarse con ella».

Cuando el rey regresó a su mansión y relató a su familia lo dicho por Apolo, todos prorrumpieron en voces de aflicción porque sabían que pronto perderían a la hermosa

Psique. Pero como las órdenes de los dioses han de ser siempre cumplidas, el rey y la reina prepararon a su hija para su solitario exilio.

Toda la ciudad encendió antorchas; y, al son de una sola flauta, la gente entonó un himno funeral, mientras escoltaba a la hermosa princesa hacia lo alto de una empinada montaña. Una vez alcanzado el pico más escarpado, Psique habló así a su familia y a sus amigos:

«No temais. No os atormentéis con pesares. Mejor dejadme ir ahora en busca de mi destino».

Después de tan valientes palabras, todos le dijeron adiós; y mientras descendían de la montaña, las antorchas, humedecidas por sus lágrimas, fueron extinguiéndose.

También Psique lloró hasta quedarse dormida en la desierta altura. Mas he aquí que, mientras dormía, el viento del Oeste la levantó y la transportó hacia un valle florido. Así que, al despertar en la mañana, se encontró yaciendo en un lecho de hierba enfrente de un gran palacio con tejado de marfil y columnas de oro. Un dulce coro llenaba el aire con su música y suaves voces de seres invisibles musitaban en su oído:

«Todo esto es tuyo».

Psique vagó por el dorado y resplandeciente palacio. Se bañó en las ondas refrescantes de la fuente y comió deliciosos manjares servidos por invisibles manos.

Durante la noche, Cupido vino a ella:

—Tú eres mi esposa —le dijo—. Te amo más que a nada en el mundo, pero debo pedirte que nunca trates de mirar mi rostro. Sólo te visitaré en las noches, las cuales serán gloriosas y llenas de felicidad.

Cuando Psique le preguntó por qué no podía mirarlo, Cupido únicamente respondió:

—Respeta mi ruego, porque si llegas a mirarme, quedaremos separados para siempre.

En realidad, Cupido temía que si Psique descubría que él era el hijo de Venus, llegaría a adorarlo como a un dios, en lugar de amarlo como a un igual.

Psique se deleitaba con las visitas nocturnas de Cupido, pero durante el día se sentía triste y solitaria. Una noche le pidió permiso a su esposo para traer a sus dos hermanas.

—Si ellas vienen, ése será el comienzo de nuestra ruina —dijo Cupido.

—¡Oh, no! ¡Por favor deja que vengan! —le rogó ella—. Si no puedo mirarte, ¡al menos permíteme ver a mis hermanas!

Como estas palabras entristecieron a Cupido, mandó al viento del Oeste por las hermanas mayores de Psique.

Una vez llegaron al palacio, se alegraron grandemente al ver que Psique se encontraba buena y sana; pero en cuanto comenzaron a mirar y se dieron cuenta del esplendor en el cual ésta vivía, se llenaron de envidia; y cuando retornaron a casa, y pensaron que sus esposos no eran tan ricos como el de su hermana, se sintieron carcomidas por los celos.

En su segunda visita al palacio, pidieron ver al esposo de Psique.

—Lo siento, pero no podré presentároslo —dijo.

—¿Por qué? ¿Tan feo es que te da vergüenza dejarlo ver?

—No, no le es permitido mostrarse. Ni siquiera yo lo he visto a la luz del día.

—¿Cómo? —gritaron las dos hermanas.

—Yo trato de no darle importancia —dijo Psique—. Es tan gentil y bondadoso... Y además parece amarme más que a su misma vida.

Cuando oyeron estas palabras, se llenaron todavía más de envidia al pensar en todo el amor que su hermana recibía, y en cuanto llegaron a casa, se arrancaron los cabellos y se lamentaron amargamente porque sus propios maridos eran fríos y ásperos.

Las hermanas sintieron crecer en su interior unos celos tan espantosos contra Psique, que decidieron estropearle su felicidad. Así pues, cuando volvieron al palacio, una de ellas dijo:

—Después de todo, no creemos que tu esposo sea tan maravilloso.

—Ah, pero lo es —dijo Psique.

—Ah, pero no lo es —dijo la otra—. Fuimos a consultar a un oráculo, ¡y él dice que tu esposo es un monstruo repugnante y horrible! ¡Y que por eso no deja que lo mires!

—¡No! ¡Eso no es verdad! —gritó Psique.

—¡Sí que lo es! Y, además, ¡está esperando que tengas un hijo suyo para matarte!

—¡No! ¡No! —sollozaba Psique.

No obstante, las hermanas lograron vencerla de que su esposo era en realidad un horrible monstruo; también la convencieron de que llevara una lámpara para verlo por la noche — y de que entonces, le cortara la cabeza.

En medio de la oscuridad, todo era silencio, salvo el suave sonido de la respiración de Cupido mientras dormía. Psique temblaba mientras se deslizaba de la cama y se apoderaba de la lámpara de aceite y del cuchillo que había escondido con anticipación.

Al regresar a la cama, Psique encendió la lámpara y luego la levantó lentamente por encima de la cabeza de Cupido. Cuando vio el rostro ruboroso y resplandeciente del hijo de Venus, quedó pasmada. Hasta la luz de la lámpara brillaba más y con más alegría mientras alumbraba al hermoso dios.

Deslumbrada, Psique acarició suavemente sus dorados rizos, las brillantes alas blancas y el carcaj; pero al tocar una de sus flechas, se hirió, y quedó doblemente enamorada del dios del amor. En su embeleso, estuvo a punto de caer al suelo; y mientras se enderezaba, dejó caer una gota de aceite de la lámpara en el hombro de Cupido.

Cupido despertó, y cuando vio a Psique con el cuchillo en la mano, una expresión de tristeza cruzó por su rostro.

—¿Amor mío, tenías miedo de que yo fuera un monstruo horrible?

Y antes de que Psique pudiera responder, dijo:

—No puede haber amor si no hay confianza. Jamás volveré a ti —y con estas tristes palabras, se dispuso a volar.

Llorando de dolor, Psique se lanzó hacia Cupido y trató de agarrarse a él mientras éste se remontaba por el aire; pero pronto, vencida por el cansancio, cayó al suelo. Y luego, en medio de la soledad de la fría noche, deseó morir.

Después vagó por la tierra en busca de su esposo perdido, sin saber que Cupido sufría tanto como ella, y que, en el palacio de su madre, yacía en el lecho, herido de amor por ella.

Desesperada, Psique pidió la ayuda de todos los dioses y diosas, pero ninguno quiso ganarse la ira de Venus. Sólo Ceres, la diosa de las cosechas, se atrevió a darle un consejo:

«Busca a Venus y pídele perdón», le aconsejó. «En este momento su hijo se encuentra en el palacio gimiendo por ti, y Venus está cansada de cuidarlo. Ruégale que vuelva a unirse a él».

Sin embargo, en cuanto Venus vio a Psique de pie, humildemente enfrente de su

puerta, lanzó un grito salvaje. La potente diosa les ordenó a sus servidoras Inquietud y Tristeza que se lanzaran sobre la joven, le rasgaran sus ropas y le arrancaran el pelo.

Una vez terminado el horrendo ataque, Venus se dirigió sonriendo a Psique, quien permanecía temblando, tendida en el suelo:

—¿Quieres ver a mi hijo? ¿No sabes que él te aborrece y que no desea volver a mirarte jamás? En verdad eres una criatura tan vulgar y desgraciada que me das lástima. Tal vez deba entrenarte para que llegues a ser digna de un dios.

Enseguida, Venus le encargó una tarea. La condujo a un depósito lleno de granos de diferentes clases.

«Debes tenerlos clasificados esta tarde», dijo, y con estas palabras desapareció.

En cuanto Psique se enfrentó sin esperanzas a las pilas de cebada, de lentejas, y de semillas de amapola, algo extraordinario empezó a suceder. Una armada de hormigas se fue reuniendo, y en pocos minutos, oleadas de ellas se apoderaron de los montones de grano. Cada hormiga cargaba una semillita a la vez, hasta que todas quedaron agrupadas en tres diferentes pilas.

Cuando Venus regresó a la caída de la tarde, estalló en tremenda ira:

«¡Alguien te ha ayudado!», gritó. «¡Por la mañana te encargará otra tarea»

Luego le tiró un pedazo duro de pan negro, y la dejó durmiendo en el frío suelo.

Cuando el alba rosada de la mañana siguiente apuntaba, Venus sacó a Psique al exterior y le dijo:

«¡Vete a la dehesa, junto al torrente! ¡Allí habitan feroces carneros de dorados vellores! ¡Recoge un poco de su lana, y quizá entonces puedas llegar a ser una persona digna del amor de mi hijo!»

Psique permaneció enfrente del torrente que bordeaba los campos en donde pastaban los carneros salvajes, y mientras miraba cómo se atacaban unos a otros, se dio cuenta de que nunca podría acercarse a ellos sin que la mataran. Y, en su desesperación, quiso ahogarse en la corriente.

Mas entonces, un verde junco que se bamboleaba, comenzó a susurrar una melodía:

«No te quites la vida, Psique. Ni te aproximes a esos terribles carneros. Cuando llegue el calor del medio día, y estén durmiendo su siesta, deslízate hasta la dehesa y

recoge los dorados copos de lana que cuelgan de las zarzas afiladas y de los espinosos matorrales».

Al medio día, cuando los amodorrados carneros yacían tomando su siesta, Psique cruzó el torrente y se arrastró hasta el pastizal. Y en poco tiempo, se apoderó de toda la lana que colgaba de zarzas y espinas.

Cuando Venus vio toda esa lana, sonrió con amargura:

«Alguien tiene que haberte ayudado», dijo, y le entregó de nuevo otra tarea.

Esta vez quiso que Psique llenara una copa de cristal con el agua helada de la montaña, recogida de la desembocadura del río Estigio.

Psique tomó la copa y comenzó a escalar las escarpadas rocas de la montaña. Pero cuando iba llegando a lo alto, se dio cuenta de que le faltaba aún lo peor de la tarea, porque las rocas de las bocas del río eran desesperadamente pendientes y resbalosas; pero en el mismo instante en que estaba pensando en arrojarse desde la montaña, pasó por allí un águila.

«¡Espera!», gritó. «Dame la copa de cristal. ¡Yo volaré hasta la desembocadura del río y te traeré el agua!»

Psique entregó la copa al águila; ésta, con su fiero pico, agarró el vaso y se remontó hasta lo alto de la montaña. Cuando la hubo llenado, entregó la copa a Psique, quien le llevó el oscuro líquido a Venus.

Cuando ésta lo recibió, acusó a la joven de hechicera, y luego le encomendó la más cruel de todas las tareas: Le entregó un cofre y le ordenó bajar con él al Averno para pedirle a la reina Proserpina que lo llenara con una pequeña porción de su belleza.

Psique pensó que había llegado su fin, pues nunca tendría el valor de descender hasta semejantes abismos — hasta el aterrador país de los muertos. En profunda desesperación, subió entonces a lo alto de una empinada torre, desde donde se dispuso a lanzarse a la muerte.

Mas he aquí que cuando se disponía a saltar, la torre le habló:

«¿Qué cobardía te incita ahora a renunciar, Psique? Trátate mejor a ti misma, que yo te diré cómo llegar al Averno y de qué manera triunfar en tu búsqueda».

En cuanto Psique prometió que no se mataría, la torre le explicó cómo viajar hasta el país de los muertos:

—Toma dos monedas y dos pedazos de

torta de cebada —le dijo la torre—. El cojo conductor de un asno va a pedirte ayuda, pero tú debes negársela. Debes darle luego una de las monedas a Carón, el barquero, quien te conducirá a través del río Estigio, hasta el Averno. Mientras estés cruzando el río, la mano de un moribundo se estirará hacia ti a tientas, pero tú debes volverte hacia otro lado. También debes negarte a ayudar a tres mujeres que estarán tejiendo los hilos del destino. Cuando llegues al pie del Cancerbero, el perro de tres cabezas que custodia las puertas del palacio, dale uno de los pedazos de torta de cebada para que sea amigable contigo. Y cuando emprendas el regreso, haz lo mismo. Sin embargo, hay algo aún más importante: cuando vengas de regreso con el cofre lleno de la belleza de Proserpina para entregarlo a Venus, *no lo abras; haz lo que hagas, ¡no abras el cofre de la belleza!*

Psique hizo tal como se lo había aconsejado la torre, hasta haber obtenido de Proserpina, reina de los muertos, el cofre con su belleza. Luego, al salir del Averno, repitió lo que ya había hecho: cuando llegó a las puertas del palacio, le dio a Cancerbero el resto de la torta; le entregó una moneda a Carón

para que la condujera a través del río Estigio, y se negó a detenerse al escuchar los gritos engañosos de quienes pidieran ayuda.

No obstante, cuando ya iba llegando al palacio de Venus, una vehemente curiosidad se apoderó de ella. Ardía en deseos de abrir el cofre y de usar un poco de la belleza de Proserpina.

Cautelosamente levantó la tapa, pero en lugar de belleza, encontró dentro de él un sueño mortal que, al apoderarse de ella, la dejó abatida en el camino.

Entretanto, Cupido, quien se había escapado del palacio por la ventana de su alcoba para ir en busca de Psique, la vio yaciendo inconsciente al lado del camino.

Se precipitó entonces hacia ella y, recogiendo con rapidez el sueño de su cuerpo, lo encerró de nuevo en el cofre. Luego despertó a Psique con un beso.

Antes de que Venus pudiera darles alcance, Cupido levantó a Psique del suelo y la transportó a los cielos más altos, hasta el Monte Olimpo en donde habita Júpiter, dios del firmamento; y a éste le pidió que los uniera oficialmente.

Después de que Júpiter hubo celebrado el matrimonio de Cupido y Psique, todos los



habitantes del Olimpo agasajaron a la pareja, con excepción de Venus, quien estuvo furiosa durante muchos días. No obstante, a medida que fue pasando el tiempo, la diosa, ya entrada en años, se convirtió en la abuela de una hermosa niña llamada Dicha.



XII

LOS VISITANTES MISTERIOSOS

La historia de Baucis y Filemón

Hace ya mucho tiempo, sucedió que dos mortales llamados Baucis y Filemón, habiendo apenas acabado de terminar su comida del medio día, oyeron que alguien tocaba a la puerta. Llenos de contento se dirigieron hacia el frente de la pequeña cabaña pajiza en que vivían, pues, aunque se amaban mucho, también disfrutaban de la compañía de otras personas. Al abrir la puerta, se encontraron frente a frente con dos extranjeros bastante altos. Uno de ellos era un hombre barbado, de complexión muy fuerte, y el otro, un joven de aspecto travieso.

—Hemos viajado desde muy lejos —dijo el hombre de barba con una hermosa voz profunda—. ¿Podríamos quedarnos por un rato en vuestra casa?

—¡Adelante, adelante! —dijo Baucis sosteniendo la puerta mientras los visitantes agachaban la cabeza para entrar en la diminuta cabaña.

Filemón corrió al hogar, raspó los carbones, agregó hojas y cortezas y sopló con fuerza para conseguir un alegre fuego. Baucis puso una vasija de cobre sobre la llama, y luego se dio prisa en la cocina para preparar un poco de sopa.

Al mismo tiempo que realizaban sus tareas, los dos ancianos conversaban animadamente con los huéspedes, porque deseaban que éstos se sintieran en su propia casa.

Y mientras Baucis preparaba la mesa, Filemón lavaba los pies de los visitantes y los secaba con una toalla. En seguida, Baucis sirvió muchos platos de barro llenos de repollo con tocino, aceitunas negras, cerezas remojadas en vino, ensalada de endibias y rábanos, leche y blanca miel de panal, nueces, dátiles, ciruelas, uvas recién cosechadas de la vid y deliciosas manzanas rojas.

Después de haber escanciado el vino en copas de madera de haya, Filemón se puso de pie junto a la mesa mientras se retorció las nudosas manos.

«Perdonadnos, señores, por haberos dado tan poco», dijo.

Y luego, antes de que los visitantes pudieran protestar, ¡Baucis le propuso a Filemón ofrendarles su único ganso!

Los ojos de Filemón se llenaron de lágrimas porque él y su esposa sentían un gran afecto por el viejo animal a quien consideraban como el guardián de su patrimonio; pero el anciano, inclinando la cabeza, aceptó de buen grado, y se apresuró a salir para atrapar el ave.

Los dos visitantes permanecían en la puerta de la cabaña mirando cómo la pareja de ancianos se fatigaba persiguiendo el flaco ganso por el patio de tierra.

Mas, en el momento en que el animal buscó refugio detrás de los extranjeros, el hombre de barba levantó la mano y dijo:

«¡Deteneos! ¡No matéis a vuestro único ganso!» y cuando Baucis y Filemón regresaron a la cabaña, el más joven de los dos hombres habló así:

«Nosotros no somos mortales, sino dioses

venidos del Olimpo. Yo soy Mercurio y éste es mi padre, Júpiter».

Baucis y Filemón lanzaron exclamaciones de incredulidad. Se sentían consternados de sólo pensar en que Júpiter, el más grande de los dioses del Olimpo, y Mercurio, su hijo, el dios mensajero que podía volar por los aires, ¡fueran sus huéspedes! De pronto, los misteriosos visitantes quedaron bañados en una luz resplandeciente, y fue como si se hubieran agigantado. Baucis y Filemón retrocedieron contra el muro llenos de pavor.

Júpiter los tranquilizó, pero los urgió para que dejaran la casa inmediatamente y partieran con él y con Mercurio hacia el Monte Olimpo.

—Pero ¿por qué? —balbuceó Filemón.

—Vuestros perversos paisanos pronto serán destruidos. Mercurio y yo vinimos a la Tierra a probar el calor y la hospitalidad de los mortales. Visitamos cientos de casas, pero nadie, salvo vosotros se mostró amigable.

Baucis y Filemón reunieron con rapidez un pequeño atado con sus cosas. Y luego, apoyados en sus bastones, siguieron a Júpiter y a Mercurio hacia lo alto de una empinada colina.

Una vez llegaron a la cumbre, miraron hacia abajo y vieron cómo el agua cubría todas las tierras. Los ancianos lloraron por sus vecinos; pero pronto enmudecieron cuando vieron que su cabaña flotaba sobre el agua y que, a la vista de todos, se convertía en un templo resplandeciente, con los pilares de madera transformados en pulidas columnas de mármol; la paja del techo, en oro; las puertas, en portales maravillosamente tallados, y la tosca madera del piso, en blanco mármol.

Luego, Júpiter les pidió que formularan un deseo, pues quería retribuirles su benevolencia y generosidad.

Baucis y Filemón pensaron un momento y luego dijeron:

—Quisiéramos ser los guardianes de vuestro templo, que una vez fue nuestra morada. Y desearíamos morir juntos un día, de manera que ninguno de los dos se quede solo sin el otro.

—Vuestro deseo será cumplido —dijo Júpiter.

Así fue como Baucis y Filemón se convirtieron en los guardianes del templo de Júpiter, y vivieron juntos y felices muchos, muchos años. Luego, un día cada uno comenzó

a ver algunos cambios en el otro: Los hombres principiaron a cubrirseles de corteza de árbol; de los brazos empezaron a brotarles relucientes hojas verdes, y los pies se les convirtieron en raíces tiernas. Baucis se fue transformando poco a poco en un tilo, y Filemón en un roble.

Su follaje se fue extendiendo día a día, hasta que una tarde se dijeron «¡adiós!» uno al otro, y entonces la corteza les cubrió los labios.

Después de que Baucis y Filemón quedaron convertidos en árboles, sus paisanos de la tierra con frecuencia llevaban a los extranjeros a contemplar el roble y el tilo magníficos que crecían de un solo tronco. Y siempre recitaban unas líneas, mientras colgaban guirnaldas en sus ramas:

*Aquéllos que cuidan de los dioses
algún día serán dioses.*



DIOSES, DIOSAS Y MORTALES

*Los Olímpicos, dioses y diosas
más importantes*

Los titanes fueron los primeros dioses del universo. Saturno, rey de los titanes, era el padre de Júpiter, Neptuno, Plutón, Juno, Ceres y Vesta; pero cuando sus hijos se unieron contra él, tuvo que cederle el trono a Júpiter. De allí en adelante, éste reinó sobre todos los dioses; y, como vivía en lo alto de una montaña llamada el Olimpo, él y su familia se llamaron los Olímpicos.

Los dioses y diosas más importantes del Olimpo de la mitología griega fueron luego adoptados por los romanos. En los mitos de esta colección, aparecen los nombres romanos; los nombres griegos están entre paréntesis.

Dioses y diosas más importantes del Olimpo

Júpiter (Zeus) — hijo de Saturno, reina sobre los dioses del Olimpo, y es el dios de los Cielos

Neptuno (Poseidón) — hermano de Júpiter, es el dios del Mar

Plutón (Hades) — hermano de Júpiter, es el dios del Averno

Juno (Hera) — hermana y esposa de Júpiter, es la diosa del matrimonio

Ceres (Deméter) — hermana de Júpiter, madre de Proserpina, diosa de las cosechas

Vesta (Hestia) — hermana de Júpiter, diosa del hogar

Minerva (Atenea) — hija de Júpiter, diosa de las artes manuales, de la ciudad, protectora de la vida civilizada, diosa de la sabiduría y de las batallas

Apolo (Apolo) — hijo de Júpiter, dios de la luz y de la verdad

Diana (Artemis) — hija de Júpiter, hermana

gemela de Apolo, diosa de la vida salvaje, de la cacería, y diosa de la luna

Mercurio (Hermes) — hijo de Júpiter, dios mensajero y embaucador

Marte (Ares) — hijo de Júpiter y Hera, dios de la guerra

Vulcano (Hefestos) — hijo de Hera, esposo de Venus, dios del fuego

Baco (Dionisos) — hijo de Júpiter, dios del vino

Proserpina (Perséfone) — sobrina de Júpiter, hija de Ceres, esposa de Plutón, doncella de la Primavera, reina del Averno

Venus (Afrodita) — diosa del amor y de la belleza, surgió de la espuma del mar

Cupido (Eros) — hijo de Venus, dios del amor

Otros dioses y diosas

Además de los dioses y diosas más importantes del Monte Olimpo, había también muchos otros dioses y diosas griegos de

menos importancia. Algunos de los que aparecen en esta colección son:

Helios — un titán, el dios Sol

Iris — mensajera de Juno, diosa del arco iris

Sueño — dios del adormilamiento

Morfeo — uno de los cien hijos de Sueño; dios de los sueños

Peneas — dios río, padre de la ninfa Dafne

Hécate — diosa del lado oscuro de la luna

Pan — hijo de Mercurio, dios de los pastores, hombre-macho cabrío

Ninfas — compañeras de Pan, doncellas encantadoras, diosas de los bosques, del mar y de las montañas; Dafne y Eco son ninfas.

Los mortales

El mortal era una persona común y corriente que no vivía eternamente. Aunque uno de sus padres hubiera sido dios o diosa, esto no garantizaba que él lo fuera. Los mortales de esta colección de mitos son:

Faetón	Narciso	Atalanta
Rey Midas	Calisto	Hipómenes
Ceix	Arcas	Psique
Alción	Orfeo	Baucis
Aracne	Eurídice	Filemón

Otros nombres para conocer

Averno — país de la muerte gobernado por Plutón y Proserpina

Cancerbero — perro de tres cabezas, guardián del Averno; permite a los espíritus entrar, pero no salir

Carón — viejo barquero, quien conduce las almas de los muertos al Averno

Eolo — rey de los vientos, virrey de los dioses

Furias — viven en el Averno y castigan a los malhechores

Monte Olimpo — cumbre de una montaña

mítica y sagrada, situada por encima de la tierra, en donde viven Júpiter y los miembros de su familia

Oráculo — persona que posee una gran sabiduría y que puede predecir el futuro; el rey Ceix iba a consultar al oráculo acerca de los problemas de su país

Río Estigio — río del Averno; es el río en nombre del cual juran los dioses

Río Pactolo — río cuyas arenas fueron transformadas en oro por el rey Midas



PALABRAS MODERNAS DE ORIGEN GRIEGO

Muchas de las palabras que usamos hoy en día tienen su origen en los mitos griegos. La siguiente lista muestra algunos ejemplos:

*alción*¹ — significa apacible y en calma; toma su nombre de *Alción*, hija del rey del mar, quien fue convertida en una gaviota

arácnido — es el término que los científicos usan para describir la familia de las arañas; se origina de *Aracne*, la doncella a quien *Minerva* convirtió en araña

1. Alción también es un ave fabulosa que sólo anida sobre un mar tranquilo. (*N. del T.*)

arpa cólica — es un arpa que el viento hace sonar; su nombre se deriva de Eolo, rey de los vientos

cereal — alimento para el desayuno hecho de granos (cereales); su nombre se deriva de Ceres, diosa de las cosechas

concupiscencia — significa deseo excesivo; se deriva de Cupido, dios del amor

estigio — derivado del río Estigio; se usa para describir cualquier cosa relacionada con el Averno; oscuro y lóbrego

faetón — un carruaje abierto de cuatro ruedas que se usaban en el siglo XIX; se deriva de Faetón, quien condujo el carro de su padre el dios Sol

helio — es un gas inerte y ligero cuyo nombre se deriva de Helios, el dios Sol

iridiscente — significa un despliegue de colores similar al del arco iris; esta palabra se deriva de Iris, la diosa del arco iris

mercurio — elemento metálico de color plata

blanca, también llamado azogue; planeta más cercano al sol; se deriva de Mercurio, hijo de Júpiter

morfina — medicamento usado para aliviar el dolor y para dormir; se deriva de Morfeo, dios de los sueños

narciso — es el nombre de familia de un tipo de flores que incluye el junquillo y el narciso
narcisista — una persona que piensa sólo en sí misma la mayor parte del tiempo; las dos palabras se derivan de Narciso, el joven que se enamoró de su propia imagen

olímpicos — nombre de los juegos atléticos más famosos; viene de Olimpo, la morada de los dioses y diosas más importantes

plutonio — es una roca cuya formación se encuentra muy por debajo de la superficie de la tierra; se deriva de Plutón, el dios del Averno



¿QUIÉN ESCRIBIÓ LOS MITOS GRIEGOS?

Muchos poetas griegos y latinos importantes, comenzando por Homero, quien vivió hace 3 000 años, fueron los creadores de los mitos. Todos los de esta colección fueron contados de nuevo o inventados por el poeta latino Ovidio — excepción hecha de la historia de Cupido y Psique, que fue relatada por primera vez en el siglo segundo por el escritor latino Apuleyo.

Ovidio vivió en la Roma antigua desde el año 43 a. de J. C. hasta el año 18 d. de J. C. Habiéndose inspirado sobre todo en Homero y en los dramaturgos griegos, llegó a reunir 250 mitos en una colección llamada

Metamorfosis, o Historias de las formas cambiantes. La mayoría de las historias incluyen transformaciones — tanto los dioses y las diosas como los mortales sufren cambios que los dejan convertidos en seres diferentes. Se ha dicho que probablemente Ovidio influyó en la literatura occidental más que ningún otro escritor antiguo. Dante, Chaucer, Milton, Shakespeare y muchos otros grandes escritores muestran en su obra huellas de los escritos de Ovidio.



BIBLIOGRAFÍA

Bulfinch, Thomas, *Bulfinch's Mythology*, Doubleday & Company, Inc., 1968.

d'Aulaire, Ingri y Edgar Parin, *d'Aulaire's Book of Greek Myths*, Doubleday & Company, Inc., 1962.

Grant, Michael, *Myths of the Greeks and Romans*, New American Library, 1962.

Graves, Robert, *The Greek Myths*, Penguin Books, 1955.

Hamilton, Edith, *Mythology*, Little, Brown, & Company, 1940.

Humphries, Rolfe, traducción de *Metamorfosis*, de Ovidio, Indiana University Press, 1955.

Innes, Mary M., traducción de *Metamorfosis* de Ovidio, Penguin Books, 1955.



ÍNDICE

A

- Alción (hija de Eolo), 35-41, 119, 121
Apolo (dios de la luz, y de la verdad; hijo de Júpiter), 47-53, 58, 86, 94, 116
Apuleyo (escritor latino), 125
Aracne (una joven campesina), 43-46, 119, 121
Arcas (hijo de Júpiter; un mortal), 71-74, 119
Atalanta (una joven mortal), 85-92, 119
Aurora (una diosa), 19, 20

B

- Baco (dios del vino), 29, 30, 33, 34, 117
Baucis (una anciana), 109-114, 119

C

- Calisto (una doncella de la floresta), 71-74, 119

Cancerbero (perro de tres cabezas, guardián del Averno), 78, 104, 105, 119

Carón (barquero que cruza el río Estigio), 78, 104, 105, 119

Ceres (diosa de las cosechas), 61-69, 100, 115, 116, 122

Ceix, rey (hijo de la estrella de la mañana), 35-41, 119

Climena (una ninfa), 18

Cupido (dios del amor; hijo de Venus), 47-50, 91-108, 117, 122, 125

D

Dafne (una ninfa), 47-53, 118

Delfos (ciudad griega, morada del oráculo), 35, 50

Diana (diosa de la luna, de la caza y de la vida salvaje), 48, 85, 90, 116

Dicha (niñita; nieta de Venus), 108

E

Eco (una ninfa), 55-60, 118

Envidia (una diosa), 46

Eolo (rey de los vientos), 35, 119, 122

Estaciones, creación de, 69

Estigio, río, 18, 35, 78, 79, 81, 103, 105, 120, 122

Eurídice (una bella doncella), 77-83, 119

F

Faetón (hijo de Helios), 17-27, 119, 122

Filemón (un anciano), 109-114, 119

Furias (persiguen y castigan a los malhechores), 78-80, 119

G

Grecia, 12

Griegos, 12, 125

H

Hécate (diosa del lado oscuro de la luna), 62, 64, 118

Helios (dios Sol), 17-27, 62, 118, 122

Hipómenes (un mortal; bisnieto de Neptuno), 85-92, 119

Homero (poeta griego), 125

Horas (dos diosas), 17, 20, 27

I

Inquietud (servidora de Venus), 100

Iris (diosa del arco iris), 37, 38, 118, 122

J

Juno (esposa de Júpiter; diosa del matrimonio), 37, 55, 71, 72, 74, 115, 116

Júpiter (rey de los dioses; dios de los cielos), 19, 24-26, 50, 55, 64, 66, 67, 71, 73, 74, 106, 112, 113, 115

L

Leteo (un río), 37

M

- Madre Tierra, 24, 28
Mercurio (dios mensajero), 66-68, 112, 116, 123
Metamorfosis (libro escrito por Ovidio), 12, 126
Midas, rey, 29-34, 119
Minerva (diosa del tejido y de las artes manuales), 43-46, 116
Mitos, 12, 125
Morfeo (hijo de Sueño; dios de los sueños), 38, 118, 123
Mortales, 118

N

- Narciso (un hermoso joven), 55-60, 119
Neptuno (dios de los mares), 74, 115, 116
Ninfas del agua, 43, 46, 49, 118
Ninfas del bosque, 43, 46, 55, 60, 72, 118

O

- Olimpo, Monte, 12, 22, 38, 44, 45, 64, 66, 71, 74, 106, 108, 112, 115, 116, 117, 119, 123
Olímpicos (dioses que habitaban el Monte Olimpo), 115-117
Oráculo de Delfos, 35
Orfeo (un gran músico), 77-83, 119
Osa Mayor (una constelación), 22, 71, 74
Osa Menor (una constelación), 74
Ovidio (poeta romano), 12, 125, 126

P

- Pactolo, río, 34, 120
País cimerio, 37
Plutón (dios del Averno), 61, 62, 64, 67, 68, 69, 78, 79, 81, 115, 116, 123
Proserpina (hija de Ceres; doncella de la Primavera; reina del Averno), 61-69, 79, 104, 105, 106, 117
Psique (una princesa perfecta), 93-108, 119, 125

R

- Romanos, 12

S

- Sardes (una ciudad antigua), 34
Solsticio de invierno, 41
Saturno (rey de los titanes), 115
Serpiente (una constelación), 21
Sueño (un dios), 37, 38, 118

T

- Titanes (Los dioses más antiguos), 115
Tristeza (servidora de Venus), 100

V

- Venus (diosa del amor y de la belleza), 88, 90, 93-108, 115, 116, 117
Viento del Oeste, 95